

Miye Lee



SALA DE DESCANSO

De la autora del éxito de ventas internacional
La gran tienda de los sueños

GRANTRAVESÍA

Miye Lee

SALA DE DESCANSO

탕비실

Traducción de Charo Albarracín

GRANTRAVESÍA

0

¿A quién detestas más?

A quien hace **hielos** con Coca-Cola o café en las bandejas de cubitos del refrigerador común.

A quien se autoproclama medioambientalista y deja en el fregadero un montón de **termos** sin lavar.

A quien no tira los vasos de papel usados y los apila, formando **torres** junto al dispensador de agua.

A quien arrasa con los **cafés de sobre** que más gustan a todos, llevándoselos a puñados.

A quien **desenchufa** el microondas para recargar su teléfono.

A quien siempre **habla solo** en la sala de descanso.

A quien acapara todo el refrigerador con **tartas** que nunca consume.

A quien hace **gárgaras** sonoras en el fregadero todas las mañanas.

Imagina que tienes que compartir la sala del café para empleados con ellos. ¿A quién de todos acabarías odiando más?

1

Wikitreend



Sala de descanso

Fecha de actualización más reciente: ??/??/202?, 23:02.

Categoría: **Cadena QBS/Entretenimiento.Programa televisivo.**
Ultima retransmisión 2023. [Ver más](#)

➤ Desambiguación: Consulte aquí el artículo relacionado *Pausa (laboral)*.

✓ 1. Descripción (editar)

Sala de descanso es un programa televisivo de Corea del Sur dirigido por el productor Ilkwon Lee, siendo éste su trabajo más representativo hasta la fecha. Fue emitido por primera vez en la cadena QBS el diez de febrero de 2023, y apareció todos los viernes sucesivos hasta su última retransmisión, el diecisiete de marzo del mismo año. Previamente se estaba televisando un documental homónimo de diez capítulos, basado en un experimento social, el cual tuvo que ser suspendido debido a los bajos niveles de audiencia y a la controversia causada por uno de los participantes. El hecho de que empezara a hacerse imposible discernir entre lo fingido y lo real del comportamiento de los participantes dio mucho que hablar en los medios.

En julio de 2023, los videos publicados en YouTube con los momentos más sensacionales del programa superaban en promedio el millón de visualizaciones. Sorprendentemente, el más visto fue el que compilaba escenas en que los participantes aparecen almorzando. Se dice que es el video ideal para ver cuando uno está comiendo solo.

El productor Ilkwon Lee sintió fascinación por los documentales desde que era adolescente. Para él, las funciones que cumple un

documental son dos: una, presentar el aspecto crudo de la naturaleza tal cual es, a distancias remotas del mundo civilizado; y otra, mostrar sin ningún ardid circunstancias a nuestro alrededor de las que no nos percatamos, o realidades que solemos ignorar porque a nuestra psique le resultan incómodas. El documentalista británico John Grierson era bien conocido por sus obras en esta segunda línea, e indudablemente fue una figura admirada para Lee.

El trabajo que Lee dirigió como *opera prima* fue el documental de diez capítulos que más tarde se retransmitiría en formato de programa televisivo bajo el título *Sala de descanso*. Su tarea fue la de capturar con la cámara, hasta un punto irritante, el comportamiento que mostraban en la sala de descanso los empleados de una oficina real. Los numerosos momentos de furia que experimentaban aquellos individuos, envueltos por un espacio en apariencia apacible, fueron lo bastante sustanciosos como para entretener una historia.

El documental puso de manifiesto las intenciones con las que los típicos chismosos aguzan disimuladamente el oído para hacerse con la información golosa que otros comparten discretamente en el cuarto del café. También nos enseñó cuántas veces al día se va allí sin más objetivo que matar el tiempo en horas de trabajo, y cuál es la expresión más usada por los empleados a eso de las dos de la tarde: la frase triunfadora en la sala del café de bancos, organismos públicos u hospitales es «qué ganas tengo de irme a casa»; en cambio, en oficinas de empresas dedicadas principalmente a las ventas o las exportaciones, se podía escuchar «me muero del cansancio», superando con creces a la frase anterior. Lo cierto es que estas observaciones dieron bastante tema de conversación en los foros de internet orientados a oficinistas.

Sin embargo, el problema surgió tan pronto como se televisó el segundo episodio. Una empleada comentó a sus compañeros que se había enterado de que el sueldo de un recién ingresado en la empresa era prácticamente igual al suyo, aun llevando ella siete años trabajando allí. Acto seguido, se preparó una taza vaciando en

ella tres cafés de sobre y arrasó con todos los demás que quedaban, metiéndoselos a puñados en los bolsillos, antes de salir de la sala. Como espectador, a mí me encantó esa escena: plasmaba el momento en que uno no puede aguantar más sin vengarse, haciendo algo rastrero para compensar ese sentimiento de injusticia.

No obstante, aquello fue lo que curiosamente llevó a la versión en documental de *Sala de descanso* al fracaso. Las capturas de video de aquella mujer apropiándose de los sobres de café que estaban ahí para todos los empleados empezaron a circular por internet acumulando un montón de críticas. El público se quejó de que, aunque la grabación estuviera consentida de antemano, el programa no distaba mucho de uno de cámara oculta, pero explícita, al centrarse de una manera tan irruptora y desagradable en el comportamiento de una persona. Las opiniones más negativas no venían de parte de la audiencia asidua, como yo, sino de espectadores que no habían visto la retransmisión entera. Aunque el productor Lee lo sabía y en un momento dado se planteó hacer frente a las críticas, al tener en cuenta las veces anteriores en las que los intentos de hacer frente a las críticas de forma directa habían terminado en un estrepitoso fracaso, decidió no hacerse el valiente y finalmente pasó página, remodelando el documental en un *reality show* con el mismo nombre.

Así fue cómo *Sala de descanso*, un programa filmado en una sola semana, se convirtió en la obra más representativa de Lee, reemplazando a aquel documental en el que había invertido varios meses de grabación.

Yo fui uno de los participantes de ese *reality show*. En el programa me llamaban Hielos.

2

Recuerdo ese primer domingo de diciembre de 2022 en el que caía un fuerte granizo acompañado de aguanieve. Aquel día nos reunieron a los futuros participantes de *Sala de descanso* en cierto edificio de un distrito de Seúl, para grabar el primer episodio del programa. Ora por el olor de los dulces de los puestos callejeros de la zona, ora porque los nervios habían hecho que me saltara la comida, tenía un hambre de lobos. Llegué agotado a las puertas del edificio, tirando de una maleta con ruedas que casi pesaba treinta kilos.

Había visto en persona al director Ilkwon Lee sólo una vez, justo un mes antes de la grabación. Ese día también tenía un hambre atroz. Yo era un gran fan de sus documentales y nunca habría imaginado que me llamaría para un *casting*, así que, de lo nervioso que estaba, no podía pensar ni en comer.

Lee era una persona que no vacilaba en llevar a la práctica lo que anunciaba que haría. Había abierto un *casting* con la condición de que sólo se presentaran personas comunes, pues pretendía buscar a empleados que fueran como todo hijo de vecino, y, de la noche a la mañana, me enteré de que mis compañeros de trabajo me habían recomendado a mí. En mi encuentro con él, le pregunté varias cosas; entre ellas, qué era lo que mis colegas habían visto en mí como para proponerme, y también si me podía dar información más concreta acerca de la temática del *show*. Sin embargo, me respondió que, con el fin de que la retransmisión se llevara a cabo según el plan, no podía decírmelo antes del rodaje, y solamente me reveló

que se trataría de una especie de juego como *Mafia* con una sala de empleados como trasfondo.

Al mostrarle mi reticencia a participar, me hizo una propuesta inesperada: podía darle mi respuesta final tras asistir a la reunión informativa convocada para los participantes el primer día de grabación. Además, me explicó que el juego consistía en leer la mente de los demás participantes bajo unas normas muy sencillas; también, que el rodaje duraría tan sólo una semana, y que el equipo se haría cargo de que mi participación no repercutiera en mis obligaciones laborales durante ese tiempo.

Cuando le dije que había sido fan de su versión documental del programa, pude ver en su cara una genuina expresión de halago, mezclada con desazón, mientras daba unos cuantos sorbos de café en silencio.

—Bueno, puede que quizás te lleves una pequeña sorpresa el primer día de rodaje.

Nada más llegué a la sala de reuniones ubicada en el decimonoveno piso de aquel edificio, me di cuenta de lo que quiso decir al hablar de «una sorpresa». Los candidatos a participar éramos cuatro hombres, incluido yo, y cuatro mujeres, una de las cuales ya había visto en el documental. Era la misma que había sido protagonista del mítico saqueo de cafés instantáneos, tras enterarse de que cobraba un salario parecido al de los empleados más recientemente contratados.

Estaba sentada en el extremo más alejado, con cara de pocos amigos y atenta a las cámaras instaladas en el lugar. Hubo un breve instante en que nuestras miradas se cruzaron; inconscientemente le dediqué una sonrisa de idiota al reconocerla, pero ella apartó la vista, ignorándome por completo.

Ahora que reflexiono acerca del significado de todo aquello, me doy cuenta de que el comentario que el director me hizo sobre el primer día de rodaje no pudo ser más desconsiderado.

¿A quién detestas más?

A quien hace **hielos** con Coca-Cola o café en las bandejas de cubitos del refrigerador común.

A quien se autoproclama medioambientalista y deja en el fregadero un montón de **termos** sin lavar.

A quien no tira los vasos de papel usados y los apila, formando **torres** junto al dispensador de agua.

A quien arrasa con los **cafés de sobre** que más gustan a todos, llevándoselos a puñados.

A quien **desenchufa** el microondas para recargar el estuche de sus auriculares inalámbricos.

A quien siempre **habla solo** en la sala de descanso.

A quien acapara todo el refrigerador con **tartas** que nunca consume.

A quien hace **gárgaras** sonoras en el fregadero todas las mañanas.

Imagina que tienes que compartir el cuarto del café para empleados con ellos. ¿A quién de todos acabarías odiando más?

Los ocho perfiles y los ocho candidatos allí reunidos. Me hizo falta leer por quinta vez aquella diapositiva que nos estaban mostrando en una pantalla para darme cuenta de que «el que hace **hielos** con Coca-Cola o café en las bandejas de cubitos del refrigerador común» era yo. Un gesto sombrío se dibujó en las caras de cuantos estaban viendo su lado más vergonzoso puesto en evidencia delante de personas desconocidas. La participante del documental irguió su postura en el asiento; su expresión se veía, ahora, incluso más fastidiada.

Las cámaras recogieron de principio a fin el momento en que la curiosidad dejaba paso a la incomodidad en los rostros de los invitados, quienes se estaban dando cuenta de la humillación que suponía para cada uno lo escrito en aquella pantalla. Más tarde supe

que ése fue el instante que generó el primer pico de alta audiencia de aquel episodio inicial tan relajado.

—Bien, señores —comenzó a decir, entusiasmada, una guionista principal muy joven—. Supongo que hasta ahora estaban un poco perdidos. Seguro que entenderán por qué no les dimos más explicaciones, ahora que han visto cuál es la naturaleza del juego. Estuvimos todo el mes anterior recorriendo el país región por región para hacer encuestas. Créannos que tuvimos que ser muy cuidadosos para que ustedes no se enteraran.

Hablaba como si las caras que ponían los candidatos fuesen invisibles a sus ojos.

—El tan esperado ganador de la encuesta, con tres mil doscientos diez votos entre un total de doce mil novecientos ochenta y seis, es... ¡El señor Hablasolo!

Al oírla decir eso con júbilo tan auténtico, en mi interior empezaron a cocinarse emociones muy incómodas, sobre todo porque poco antes me había llevado aquel cañonazo emocional del que aún me estaba intentando recuperar.

—Como premio, le daremos en exclusiva un vale extra que podrá canjear por una de las pistas necesarias para el juego. Bueno, eso si nos confirma que está decidido a participar, claro. En la planta de arriba está el set de rodaje y las habitaciones donde se alojarán. Esta noche pueden quedarse ahí para descansar, y mañana por la mañana deben darnos su decisión final. Si Hablasolo se echase atrás, el premio pasaría a ser de quien quedó en segundo puesto como más votado.

—Una pregunta. ¿A quién te refieres con Hablasolo? —preguntó una mujer que llevaba un gorro de lana azul y estaba sentada cerca de la guionista.

—Me temo que esto quizá los decepcione, pero sus nombres reales no se van a revelar en el programa. Supongo que seguir en el anonimato, a pesar de salir en la tele, puede ser un chasco, pero estarán de acuerdo conmigo en que proteger su privacidad es mucho más importante, ¿no creen? Por eso que van a recibir un alias basado en los perfiles que definen a cada uno. ¿Ven lo que dice?: «El que siempre **habla solo** en la sala de descanso». —

Señaló con el dedo la oración, que aparecía a una altura media de la diapositiva expuesta en pantalla—. Por eso lo estoy llamando Hablasolo.

—Increíble. Quién me diría que iba a quedar en primer lugar. Eso quiere decir que aquí hay un Hielos, un Termos, una Torres... Ah, sí, y también está Cafésdesobre.

Cuando el hombre al que habían rebautizado como Hablasolo mencionó a Cafésdesobre, pude ver claramente que la mujer del documental dio un ligero respingo. Como ya imaginaba, ella debía de ser Cafésdesobre, y al mirar de nuevo a la pantalla me di cuenta de que mi mote sería Hielos.

—Efectivamente, Hablasolo. Bien, ya todos lo entienden, ¿verdad? —dijo la guionista, antes de hacer un chasquido con los dedos para atraer la atención de los candidatos—. Entonces, les explico a continuación el juego. Entre los participantes hay alguien cuyo personaje hemos creado a propósito del programa. Sencillamente, llamémoslo «el impostor». De la información que se les vaya ofreciendo, todo lo relativo al impostor serán datos inventados. Para averiguar de quién se trata, durante una semana deberán cotejar sus observaciones acerca de los demás con las pistas que vayan obteniendo. Eso significa que las pistas serán imprescindibles para dar con él, ¿entendido? A excepción del impostor, ustedes tendrán que confundirse y engañarse unos a otros, ya que, cuantos menos participantes hayan dado con la persona correcta, mayor será el premio. En caso de que nadie acierte su identidad, el impostor se llevará el doble de dinero.

Mientras la guionista explicaba sin pausa la mecánica del juego, me acordé de aquella última vez en la que jugué *Mafia*, durante las jornadas de convivencia para novatos en la universidad. Si encontrar al intruso era igual que descubrir al mafioso en aquel juego, pensé que eso sería pan comido para mí. Cuando mis compañeros levantaban la cabeza al comienzo de cada ronda, se me daba muy bien captar un cierto brillo de ilusión en los ojos de quien le había tocado ser el mafioso (probablemente, porque sentía sobre sí que tenía gran peso en cómo se desenvolvería la partida), y, a la vez, podía leer en su cara la presión que también notaba.

Sin embargo, que quedara expuesta una faceta de mí que quizás me habría gustado mantener en secreto, no me hacía sentir muy diferente de aquel a quien le tocaba esforzarse para poner cara de póker. En ese momento, los ocho que estábamos allí lucíamos de la misma manera.

La razón por la que Ilkwon Lee no tuvo otra opción que seleccionarnos, en vez de reunir solicitantes, y el sentido que tenía el hecho de que los compañeros de trabajo propusieran al candidato, calaban más en mí con cada segundo que pasaba. Todos, a excepción del intruso, estábamos allí porque los demás no nos aguantaban.

—Bien, ¿qué les parece si subimos y ven la sala de descanso que será el escenario principal? Pueden dejar aquí su equipaje, nuestro equipo se encargará de llevárselo —dijo la guionista en un tono jovial, como si nada supusiera ningún problema.

3

La planta de arriba estaba decorada en su totalidad para el rodaje. A pesar de que sólo nos habíamos movido al piso superior, parecía que nos hubieran teletransportado a un lugar completamente diferente. Mientras seguíamos a la guionista por el pasillo, se notaba el típico olor a alfombra nueva.

Nuestras ocho habitaciones estaban situadas a ambos lados del corredor. Se veía que iban a ser bastante grandes, pues mediaba un largo tramo de pared entre puerta y puerta. En el espacio libre de las paredes había pósteres publicitarios de las empresas patrocinadoras del programa, que anunciaban su nueva línea de *snacks* y otros productos comestibles. Al pasar por delante de la imagen de un cómico famoso que aparecía engullendo un bollo, me fijé en que estaba al lado de una puerta en cuya placa se leía «Hielos».

Cuando la exparticipante del documental se paró ante la puerta donde decía «Cafésdesobre», la guionista aceleró el paso.

—Entrarán a sus habitaciones una vez hayamos terminado con la visita a la sala de descanso. Por ahora, vamos a avanzar.

El suéter que llevaba me empezó a picar por el calor que hacía en aquel lugar. Mientras me quitaba el abrigo, seguí caminando cerca de la guionista.

Ella abrió completamente la puerta corrediza de la bien señalizada sala de descanso, que estaba al final del pasillo, dejando ver el interior de aquella estancia de unos quince metros cuadrados. Era bastante amplia para ser una sala de empleados y olía diferente

al pasillo. Había un aroma familiar en el aire, a té recién hecho y granos de café bien tostados.

Los invitados entramos allí con cuidado de no rozarnos unos con otros. Acto seguido, alguien pulsó el interruptor de la luz y la lámpara con forma de gota de agua que estaba colgada del techo se iluminó con una luz clara.

En aquella sala había un microondas de alta potencia, una tostadora pequeña, un fregadero reluciente, un dispensador de agua y un refrigerador muy original de color marfil, el que yo siempre había querido tener. Además, también había una caja organizadora sin tapa, con tres compartimentos llenos de paquetitos de dulces y gelatinas, entre los que destacaban unas galletas caras de edición limitada. Tampoco faltaba un cajón de té, donde había tanto bolsitas como una lata de té a granel junto a sobres de café, todo estéticamente ordenado. El té era de una renombrada marca *prémium* británica, algo que ninguna empresa compraría para sus empleados. En cuanto a los cafés instantáneos, había desde los más comunes hasta los más extravagantes, como uno con proteínas y sin azúcares.

Lo más destacable de allí era que tuviéramos a disposición una máquina de cafés de cápsula, una cafetera italiana tipo moka e incluso una *exprés* industrial. Esta última en particular tenía una gran presencia, dada su envergadura, y, con sólo verla, dejaba a uno satisfecho de poder tomar café en un sitio así. Aunque ninguno de los allí presentes dijimos nada, se notaba en el ambiente lo mucho que aquello nos entusiasmaba.

Un hombre joven que había venido allí impecablemente vestido se puso a curiosear por cada rincón y, más tarde, a abrir y cerrar la tostadora como si acabara de entrar a su propia *suite* de hotel. Antes, en la sala de reunión, había estado mirándose en la pantalla de su teléfono a cada minuto. Al sentir algo de pena por él, tras darme cuenta de que tenía gel apelmazado en una patilla, quise acercarme de buena fe a preguntarle su mote, pero descarté la idea

al momento. Quizás algunos decidirían hacer las maletas y largarse de allí al día siguiente, y quién sabía si yo iba a ser uno de ellos.

—Bueno, ya tendrán tiempo de probarlo todo, una vez que el juego empiece —dijo la guionista, mientras le tiraba suavemente del brazo al participante tan acicalado.

Él había tomado en alto la tostadora y estaba echando un vistazo a la parte de debajo, como si creyera que el equipo de producción había dejado ahí alguna pista.

—Sólo podrán interaccionar con otros concursantes cuando se encuentren en la sala de descanso. Ya han visto que sus habitaciones están en el pasillo por donde hemos venido, ¿no? Cuando entren, verán que ahí tienen un despacho, un dormitorio y un baño. No se preocupen; aunque no podrán salir durante una semana, al haber ventanas, no se sentirán tan agobiados. Pueden usar la sala de empleados a la hora que quieran. Imagínense que es exactamente igual a cuando están en su trabajo —explicaba la guionista, a la vez que vigilaba que el candidato atildado en exceso no estuviera toqueteando más cosas—. Pero hay una advertencia importante: el tiempo máximo que pueden pasar en ella es de cien minutos al día.

Luego de haber anunciado eso, parecía esperar a que alguien interviniese de inmediato con alguna pregunta. En mitad del silencio se oyó un ruido aparatoso, proveniente de la máquina de hacer cubitos de hielo.

—Bueno, si no tienen ninguna duda, ¿qué tal si se retiran a sus habitaciones? Les damos tiempo para que piensen si participarán o no en el *show*.

Nadie de quienes estábamos ahí de pie se precipitó a decir nada. Sólo se oía el sonido de mi anorak, cada vez que resbalaba por mi brazo.

—Antes nos has dicho que hacen falta pistas para dar con el intruso. ¿Cómo se pueden conseguir? —La primera persona que había preguntado algo de importancia acerca del juego era una chica

joven de cejas bien definidas. El tono tan oscuro de ellas hacía que el color de sus iris quedara difuminado.

—Excelente pregunta. Les especifico que, primero, tendrán que ganar los vales canjeables por pistas a través de ciertas acciones y, luego, deberán elegir al contrincante acerca de quien deseen obtener la pista.

—Sí, pero ¿cómo vamos a conseguir los vales? —preguntó la concursante con un tono de frustración, a la vez que fruncía el ceño.

—Para eso deberán romper las reglas —dijo con contundencia la guionista.

—Pero si tampoco nos has dicho cuáles son.

—Porque las tienen que averiguar ustedes a partir de ahora. Así comienza el juego —terminó de explicar la guionista, dando un paso al frente como si diese a entender que ya no aceptaba más preguntas—. Los demás detalles están en este manual, que encontrarán en sus habitaciones —añadió, mostrando un cuadernillo negro que había estado llevando en el regazo. Seguidamente, nos invitó a abandonar la sala de descanso con un gesto muy natural.

—Entonces, quedamos a la espera de que mañana a primera hora nos digan si participarán o no. Si quedan al menos cinco candidatos, procederemos con el juego —anunció, alzando la voz, justo después de cerrar la puerta de la sala.

Tan pronto como acabó de hablar, se oyó cómo ocho miembros del personal abrían de manera sincronizada la puerta de cada habitación, desde dentro.

—¿El señor Hielos? Venga por aquí —me llamó un muchacho joven desde la habitación más alejada de la sala de descanso.

—Sí, claro —respondí de forma automática, sorprendido de que ya me hubiese habituado a que me llamaran así.

Los ocho candidatos se dispersaron, cada uno por su lado, al oír sus nuevos motes. Aquella mujer a la que le asignaron el alias Cafésdesobre tenía su habitación contigua a la mía y fue la primera en desaparecer.

—Hemos llegado a un acuerdo con su empresa para que pueda cumplir aquí con sus obligaciones habituales cuanto le sea posible. Detrás de este despacho tiene un dormitorio y un baño a su

disposición —explicó el muchacho, apartándose a un lado para que yo accediese al interior—. Si se decide a participar, firme este contrato y entréguenoslo mañana por la mañana —añadió, pasándome un sobre de grandes dimensiones.

—En caso de que no quiera concursar, haga sus maletas y deje vacante la habitación antes de que amanezca. Estaremos pendientes y le ayudaremos a desalojar el lugar. Bueno, me retiro ya, para que descanse.

Una vez que finalizó las explicaciones que me debía dar al pie de la letra, se fue de allí, cerrando la puerta con cuidado de no hacer ruido.

Al ver el interior de la habitación, sentí como si un dedo gigante me hubiera colocado repentinamente de vuelta en mi oficina de siempre. Allí ya me esperaban, aparte de la computadora, el teclado y el *mouse* que usaba en la empresa, hasta la macetilla con el cactus que tenía en mi escritorio. Me quedé totalmente admirado ante la meticulosidad del personal. Habían traído hasta mis *post-its* con notas, y los habían pegado en el mismo orden. Me di cuenta más tarde de que habían estudiado también la posición original exacta del monitor, la distancia a la que tenía el teclado e incluso el ángulo en el que me agachaba para alcanzar el cajón, algo que me dio bastante mal rollo.

Tiré de cualquier manera el sobre con el contrato encima del escritorio y me dirigí hasta la puerta corrediza ubicada justo donde acababa el largo ventanal del despacho. En el parque que se veía desde ella no había ni un alma, sólo destacaban los círculos luminosos de los postes de luz, lo que le daba a la vista una serena quietud. Empujé suavemente la puerta hacia un lado, y un dormitorio y un baño muy sencillo hicieron su aparición. Me quedé aliviadísimo al confirmar que no habían podido trasladar hasta ahí esas dos habitaciones de mi casa.

Encontré mi equipaje colocado a un lado de la cama. Me quité los zapatos y me dejé caer sobre ella sin pensar en desvestirme. Observé cómo un poco de polvo volaba en el aire. Una vez solo,

fuera de la vista de los demás, las emociones que estuve ignorando hasta entonces empezaron a surgir.

Lo primero que me vino a la mente fueron las caras de mis compañeros de oficina. ¿Tanta gracia les hacía proponerme al programa, sólo porque hice cubitos de hielo con café y Coca-Cola? ¿Acaso no se les ocurrió en ningún momento lo incómodo que iba a ser vernos después de todo aquello? Juré que me iría de allí cuanto antes, a la mañana siguiente, nada más despertara.

No tenía ni pizca de ganas de airear en público que la gente del trabajo me odiaba. ¿Y si me viera mi familia? ¿Qué pasaría si, en adelante, cada nuevo conocido ya tuviera prejuicios sobre mí? Imaginé cómo los desconocidos me señalaban con el dedo mientras murmuraban entre ellos que yo le resultaría odioso a cualquiera. Empecé a sentir cierta amargura, pero al momento se transformó en furia hacia la gente de mi oficina. En especial, hacia mis colegas A y B.

A solía calentar pechugas de pollo con salsa en el microondas común y nunca limpiaba el salpicado que dejaba dentro; es más, lo había visto ponerse a hacer flexiones en el suelo mientras esperaba a que su almuerzo se terminara de calentar. Y B, quien estaba a cargo de reponer las cosas para picar en nuestra sala de empleados, siempre compraba solamente las que a ella le gustaban. Me puse a reflexionar acerca de qué mal lo había hecho yo, comparando con el comportamiento de ellos. En el caso de B, quien supuestamente debía comprar dulces (sobre todo blandos y de envoltorio individual), traía bolsas de papas fritas, nachos y otros *snacks* crujientes que, aparte de ensuciarle a uno las manos, sonaban por toda la oficina cuando se masticaban. Para colmo, era ella misma quien engullía como una posesa la mayoría de esos *snacks*. Yo había sido testigo de lo poco que dejaba para los demás.

¿Y le habían contado a la productora lo que yo hacía de una forma tan tergiversada, sin mirarse a sí mismos? ¿Quería decir eso que el director había sido tan ignorante como para elegirme a mí, por el tema de los hielos, y había pasado por alto la existencia de esos dos villanos de película?

Dado que no conseguía conciliar el sueño, decidí levantarme de la cama. Como por inercia, lo primero que hice fue leer el manual del juego y el contrato que antes ni siquiera me había dignado mirar. Las cláusulas del acuerdo eran muy predecibles: el participante no podía hacer uso de las redes sociales durante el rodaje; tampoco contactar con nadie del exterior, a no ser que fuera rigurosamente necesario; debía guardar extrema discreción antes de que el programa fuera televisado, etc. Lo dejé a un lado y me puse a leer el manual del juego. Las reglas eran mucho más sencillas de lo que pensaba.

Durante la duración del juego, los participantes seguirán con normalidad sus obligaciones laborales, como de costumbre.

Las horas de trabajo serán de 9:00 a.m. a 6:00 p.m.

Pueden entrar cuando quieran a la sala de descanso.

(No obstante, no deberán sobrepasar el límite de tiempo permitido de 100 minutos al día).

El único objetivo es descubrir al impostor que hay entre los participantes.

El intruso es un individuo que no ha sido propuesto por sus compañeros de trabajo y todas las pistas acerca de él son información falsa que se ha creado a propósito para el programa.

Cada participante intentará averiguar quién es el personaje inventado, cotejando sus propias observaciones con las pistas que irá obteniendo.

- Manera de conseguir vales canjeables por las pistas necesarias: romper las «normas».

Con cada vale obtenido, podrá conseguir una pista acerca del concursante que elija.

Se le entregará cada pista en la caja de madera que hay frente a la puerta de su habitación.

Cuando llegué a esa parte, me levanté bruscamente del asiento, pues no recordaba haber visto ninguna caja hasta entonces. Abrí la puerta de la habitación para asomarme al pasillo y comprobé que en ese momento ya las habían instalado para todos. La caja se abría deslizando uno de sus lados, en el que tenía un pequeño pestillo. Al

hacerlo, descubrí que contenía una llavecita y un candado hechos de cobre.

Tamborileé sobre la caja con los dedos, un par de veces, mientras la observaba brevemente, y luego la cerré, echándole el candado. Pude ver que Cafésdesobre ya había hecho lo mismo con la suya. Volví a tenderme, manual en mano, y leí con mayor atención aquella última parte, una vez más.

Con cada vale obtenido, podrá conseguir una pista acerca del concursante que elija.

Se le entregará cada pista en la caja de madera que hay frente a la puerta de su habitación.

(Sin embargo, para conseguir una pista sobre sí mismo, necesitará dos vales).

Me detuve en ese último renglón, que estaba escrito en un tamaño de letra algo menor que los demás: era una regla en la que no me había fijado antes. Dado que no había nadie más, aparte de mí mismo, que supiera que yo no era el intruso, una pista acerca de mi persona era un dato innecesario. No obstante, sentí un fuerte deseo repentino de ver lo que contendría tal pista, un deseo equiparable al de alcanzar la victoria o conseguir el premio en metálico. Imaginé que la habían confeccionado basándose en el testimonio de los compañeros de oficina que me odiaban. Se trataba de una curiosidad aún mayor a la que uno siente antes de ver su evaluación de rendimiento en el trabajo, la carta de recomendación de un profesor o la tarjeta con mensajes anónimos que uno recibe de los compañeros de clase al terminar el curso.

Aquella noche, más que la determinación de descubrir al impostor, hervían en mí las ganas de leer lo que se decía de mí en esa pista. Cuando caló en mí la idea de que saldría perdiendo si me marchaba de allí sin averiguar nada, al instante quedó claro en mi cabeza que no iba a renunciar a esa oportunidad.

4

A diferencia de la firme certeza que había dominado mi mente la noche anterior, al levantarme, poco antes del amanecer, me empecé a plantear seriamente volver a mi casa sin más. Sin embargo, imaginarme de vuelta en la empresa sin llegar a enterarme de nada y tener que encontrarme con mis compañeros me impedía hacer eso. Si eligiera esa opción, a mi regreso no podría hacer más que dedicarles un comentario antipático acerca de la jugarreta, o peor aún: en caso de no tener ganas de encararlos, me limitaría a sentarme en mi sitio y ponerme a trabajar incómodo, haciendo como si nada hubiera ocurrido.

Saqué el contrato del sobre y me puse a analizar la suma del premio al ganador y la retribución que se daba a los participantes por salir en televisión. Teóricamente, podía ganar como mínimo unos treinta millones de wones después de la desgravación de impuestos, en caso de acertar quién era el infiltrado. Si, además, tenía la suerte de ser el único que lo descubría, la cantidad que podría llevarme sería superior a los cien millones. Hacer los cálculos me llevó de manera natural a albergar en mí una ambición tan fuerte como esa suma. Aunque no pareciera tan atrayente como para hacer cambiar de opinión a alguien que tuviera pocas ganas de concursar, era más que suficiente para animar a ello a una persona que estuviera sopesándolo.

Dejé firmados todos los documentos y, cuando terminé de comerme los bollos calientes acompañados de sopa de maíz que el personal había traído a primera hora de la mañana, me empecé a sentir bastante más sereno. Teniendo en cuenta que me pidieron

que dejase ver bien el logo plasmado en el cuenco, el desayuno probablemente estaba patrocinado por alguna marca en colaboración con el *show*. Mientras comía, desde el altavoz de la habitación no dejó de sonar *Träumerei* de Schumann.

Eran las nueve y diez minutos de aquel lunes en el que daba comienzo el concurso. Los candidatos que se habían quedado para participar eran cinco: dos mujeres y dos hombres más, aparte de mí. Los tres invitados que habían optado por no hacerlo ya no se veían por ninguna parte.

Nosotros estábamos esperando frente a la puerta de cada habitación, según nos había pedido el equipo de producción, y conforme devolvíamos los papeles firmados, nos entregaron a cada uno un teléfono celular en el que venía instalada una aplicación necesaria para el juego. Ahora sólo quedaba que nos dieran las últimas indicaciones antes de empezar.

—Increíble. Me han puesto un despacho que es idéntico a mi sitio en la oficina. ¿Los de ustedes también son un calco de sus lugares de trabajo? —preguntó el hombre fashionista, que ese día llevaba unos jeans con un llamativo corte acampanado.

Su habitación estaba en el extremo opuesto a la mía. Ya podía reconocer en las placas de las puertas los moños que habían dado a cada uno de mis contrincantes a propósito del concurso. Él, rebautizado como Termos, estaba apoyado en la pared, junto a la entrada de su habitación, y su cara se veía brillante bajo la luz del pasillo, como si la noche anterior se la hubiera embadurnado de alguna densa mascarilla hidratante.

—Por cierto, todavía no nos hemos presentado. Yo soy Termos. Encantado de conocerlos, es una pena que no podamos revelar nuestros nombres.

—Los vamos a saber de todas formas, dentro de una semana —replicó con desgana la mujer de cejas oscuras, quien tenía la habitación contigua a la de él—. A mí me han llamado Tartas y la verdad es que estoy contenta con el sobrenombre.

Su voz sonaba coqueta. Al haber salido al pasillo con la cara lavada, se notaba que la espesura de sus cejas no era producto de ningún maquillaje. Estaba muy delgada, lo que hacía pensar que ese alias no le quedaba en absoluto, pues daba la impresión de que en ningún momento se le ocurriría llevarse a la boca un dulce.

Siguiendo el orden de disposición de las habitaciones, el próximo en presentarse debería haber sido Hablasolo, quien tenía la suya frente a la de Tartas, pero parecía completamente desinteresado por la situación. Con la cara enrojecida como si hubiera salido al pasillo tras hacer ejercicio, estaba apilando los cuencos de sopa para ayudar al personal a retirarlos.

—El desayuno estaba muy bueno. ¿Sabe? El pan blanco me gusta, pero el integral también. Uno con semillas en la corteza sería ya mucho pedir, ¿no? —preguntó, mientras se limpiaba con la mano las migas de pan que tenía en la barbilla. Al hacerlo, el lunar de su mentón se hizo más notable.

—Lo tendremos en cuenta, Hablasolo —le respondió un miembro del personal, esbozando una sonrisa.

—Por cierto, me he fijado en que la humedad dentro de la habitación es muy baja, está al veinte por ciento...

—¿Cómo dice?

—Es que igual no están enterados. Yo, personalmente, prefiero que no haya humedad, pero que por lo menos esté a un cuarenta y cinco por ciento, ¿no? —dijo Hablasolo, como murmurando para sí mismo sin siquiera mirar a los ojos de su interlocutor..

—Ehm... ¿Desea que le traiga un humidificador?

—¿Podrías? En ese caso, desde hoy ya no tendré que colgar más una toalla mojada en la habitación —comentó mi contrincante con un semblante de total satisfacción, mientras zarandeaba suavemente una toalla de manos húmeda.

Conforme lo observaba, me fijé en la naturalidad que se desprendía de él. Después de haber estado ligado desde el día anterior a los demás, me di cuenta de que era el único que no había venido arreglado como para salir por televisión. Tampoco parecía ser el tipo de persona que iría a comprarse ropa expresamente para ello. La que llevaba parecía adaptarse con holgura a su cuerpo, dando la

sensación de ser muy cómoda, mientras que la vestimenta de los demás concursantes, incluido yo, tenía la rigidez propia de la ropa nueva.

En concreto, el pantalón de traje que llevaba Cafésdesobre era de un blanco nuclear impecable, y su camisa de color marrón oscuro no tenía ni una arruga. En ese momento, ella se estaba acercando al miembro del personal.

—Yo también quiero un humidificador para mí. ¿Va por orden de petición?

Sin quererlo, me salió una sonrisa al pensar que los colores del atuendo que llevaba parecían los de un sobre de café con leche. Ella me miró de reojo y, acto seguido, volvió a dirigirse al asistente en un tono bastante exigente.

—Oye, que conste que yo lo estoy pidiendo ahora. Aunque no haya para todos, a mí me tienen que dar uno.

A pesar del tono con el que hablaba, podía verse en su mirada un extraño atisbo de desesperación. Me quedó claro que Cafésdesobre no tenía intención de presentarse a nosotros.

—Yo soy Hielos. Espero que pasemos una semana agradable aquí.

Al ser consciente desde hace mucho tiempo de que doy una impresión de frialdad, con mis comisuras de los labios apuntando hacia abajo y mi cara afilada, me esforcé al máximo por sonreír con una expresión afable.

—Pues sí, lo mismo pienso yo. Aunque hay varios aquí que no están con el ánimo de socializar, seguro que esto va a ser divertido —se atrevió a decir Termos, como si fuera quien llevara allí la voz cantante—. Lo cierto es que tenía las maletas hechas y estaba a un paso de largarme de aquí, pero, de repente, ¡pam!, se me encendió la bombilla. Todas las personas que logran el éxito se encuentran con alguna situación difícil en la vida. ¡Y yo me he dado cuenta de que este concurso es una ocasión única, que debo aprovechar para darme a conocer por el mundo como activista a favor del medio ambiente! —añadió.

—¿Y qué hay de ti, Hielos? ¿Crees que habrá alguna repercusión en tu vida después de salir por la tele? —me preguntó Tartas.

Dentro de esa pregunta que me estaba haciendo, pensé que iban englobadas muchas cosas. El juego ya había empezado, con lo cual, según lo que respondiera, ella podría averiguar varios datos sobre mí. Por tanto, no creí necesario tener que contestarle con sinceridad. Además, si actuara como si fuese el intruso, eso me ayudaría más que cualquier otra cosa a llevar ventaja para resolver el enigma del juego.

—El impostor aquí es un mentiroso. Su deber es sembrar confusión entre los demás presentes, porque otros les tienen manía. ¿Verdad que se trata de un rol muy divertido? Y, por si fuera poco, se puede llevar un dineral si gana. Es el único que no tiene nada que perder. Yo quiero dar con él, como sea, y conseguir el premio.

A pesar de que dije eso intentando mostrarme resuelto, los demás ya no me estaban prestando atención. Tenían la mirada posada ahora en el ascensor, que anunciaba su proximidad al piso donde estábamos.

Al pararse con un sonido ante nosotros, las puertas se abrieron y dentro de la cabina apareció el director Ilkwon. Hablasolo, al verlo, parecía desanimado por el hecho de que no hubiera llegado con un deshumidificador.

—Bueno, desde este momento deben dedicarse a averiguar quién es el intruso mientras siguen con su trabajo habitual. Como ya saben, le hemos otorgado a Hablasolo un vale canjeable por pistas como premio al primer puesto en el sondeo. Lo puedes encontrar en tu habitación.

El rostro de Hablasolo se puso aún más rojo al escuchar que el director se dirigía a él.

—Espero que los demás le pongan empeño para conseguir las tuyas. Ya les hemos informado: los vales se pueden conseguir «rompiendo las reglas». Evidentemente, Hablasolo también tendrá que pensar en cómo hacerlo para obtener más pistas.

—¿Y no nos dice nada más? Si no sabemos cómo, creo que sólo va a pasar el tiempo sin que hagamos ningún avance. Vamos, no creo que se haya preparado todo esto para grabarnos tecleando en

el escritorio y yendo a la sala de empleados a comer galletas —dijo Termos, extendiendo ambos brazos y mirando a su alrededor en un modo bastante teatral.

—Por supuesto que no. Pero me gustaría que pensarán que encontrar la respuesta a eso forma parte del juego. Además, también se trata de una oportunidad que tienen para observar a sus contrincantes.

—Pues por ahora no nos queda más alternativa que vigilar como tontos lo que hacen los demás. ¿Y si no consiguiéramos ninguna pista? —preguntó Cafésdesobre.

—Yo diría que a ustedes es imposible que les pase eso.

Creí entender que aquella respuesta del director iba cargada de significado.

—Pues vaya plan que tenemos —dijo Termos en tono serio.

—Bueno, desde ahora las cámaras van a reemplazar a nuestro equipo y son las que van a estar detrás de cada uno de ustedes. Aunque sé que tendrán la misma rutina de trabajo que siempre, espero que pasen un día agradable.

Una vez que el director desapareció por el ascensor, volvimos a quedarnos los cinco en el pasillo donde continuaba escuchándose una música tranquila. En ese momento sonaba una versión a violín de la misma pieza de Schumann que pusieron a la hora del desayuno. La armonía de la melodía parecía contrarrestar la tensión del ambiente, neutralizando cualquier emoción sobrante que pudiera surgir.

El único que entró en su habitación para ponerse a trabajar en cuanto el reloj marcó las nueve de la mañana fue Hablasolo. Los cuatro restantes nos fuimos directamente a la sala de descanso. Estaba claro que todos pensábamos que, para conseguir pistas, lo mejor era seguir a los otros en vez de quedarse a solas, devanándose los sesos.

Para entonces, la sala estaba incluso mejor equipada que el día anterior, cuando habíamos ido a darle el primer vistazo, como si la hubieran adaptado específicamente a las características de los concursantes. En el congelador había varias bandejas de hielos hechos con Coca-Cola y, en el refrigerador, una caja gigante amarilla

que contenía un pastel, y en la que iba pegada una nota que decía: «Prohibido tocar. Esta tarta es de Tartas».

En la puerta del refrigerador, sujeta con imanes estaba la lista de tareas de limpieza de las que nos teníamos que encargar. Era un papel con celdillas para marcar si se había hecho cada tarea en cada uno de los días de la semana. Nada más verlo, Termos lo despegó, acercándolo a la luz como si quisiera descubrir en él una pista oculta. Al ver que no había nada, empezó a preguntar a los demás si alguno llevaba un encendedor. Quería hacer que el papel se ennegreciera con el fuego y ver si así podía encontrar la pista. Por suerte, ninguno de nosotros tenía encendedor y enseguida dejó la lista en su sitio, olvidándose de aquella idea.

Por su parte, Hablasolo entró a la sala un rato después de haber estado en su habitación, sacó una bebida energética del refrigerador y se dirigió a la bandeja donde había bolsitas individuales que contenían una selección de frutos secos. Se le notaba incómodo porque todos estábamos a la vez allí dentro.

—Vaya con la alta densidad de población. Qué agobio... —murmuró, dando unos resoplidos como si de verdad le faltara el aire.

A pesar de que lo que decía se lo decía a sí mismo, lo hacía en voz alta, de tal modo que daba la impresión de que quería que lo escucharan refunfuñar.

—Todo eso que hace puede ser puro teatro —dijo Cafésdesobre, dirigiéndose a mí en cuanto Hablasolo salió de la sala.

Tal y como había apuntado ella, yo también estaba convencido de que los personajes que nos habían asignado según los resultados del sondeo tenían unas características bien definidas, que daban pie a una fácil interpretación; guardaba el presentimiento de que la productora no había contratado a ningún actor profesional para representar el papel de impostor. Aunque ninguno de nosotros averiguara quién era el infiltrado, si algún espectador lo hiciera al ver la retransmisión, el desenlace ya se sabría en el primer episodio. Por tanto, era probable que hubieran elegido a un oficinista del montón,

y que éste, sin duda alguna, estuviera interpretando en cuerpo y alma el personaje que le habían asignado.

—Este termo que compré en la tienda original de Starbucks en Seattle contiene un recuerdo inolvidable. Por esa época conocí a muchos colegas medioambientalistas.

Termos estaba poniendo sobre el fregadero los termos que había traído consigo. Eran cinco en total, diferentes entre sí en tamaño y forma. Cada vez que hablaba, dejaba entrever unos dientes que parecían algo amarillentos en contraste con su tez pálida.

—Cuando uno está concentrado en algo importante, no se fija en pequeñeces —dijo, a la vez que señalaba a las cámaras que había ocultas por los rincones—. Desde siempre ha surgido mucha envidia hacia la gente que se propone hacer algo grande. Que yo haya acabado concursando aquí va por esa línea.

Mientras hablaba como si se estuviera dirigiendo a Cafésdesobre y a mí, no paraba de mirar de reojo a Tartas. Ella había sacado la caja con el pastel del refrigerador, y estaba inspeccionándolo. Poco después la devolvió a su sitio.

—¿Pusiste los pasteles que te regalaron por tu cumpleaños en el refrigerador de la oficina? —le pregunté, al recordar que, en la encuesta previa, ella había sido propuesta al programa por llenar el refrigerador común con tartas que nunca se llevaba a su casa.

—Tampoco fue eso. Es que, aunque no sea mi cumpleaños, hay gente que me regala tartas por mucho que les diga que no... A veces me las dan por sorpresa, de camino al trabajo, así que no me queda otra alternativa que dejarlas en la oficina, aunque sé que puede molestar a otros —explicó Tartas con una expresión de sentirse agobiada.

—¿Quieres decir que tus admiradores te bombardean con ese tipo de regalos? —le preguntó de repente Termos.

—Bueno, tampoco es como para ponerlo así —negó Tartas, haciendo un gesto con la mano.

—Claro, supongo que no llegará a tanto. Al fin y al cabo, no son más que pasteles. Si fuera yo... —replicó Termos, aclarándose a continuación la voz—. Si fuera yo, me esmeraría más.

Yo no podía dejar de observar a Termos con fascinación. El tipo alardeaba de ser ecologista y, al ser un auténtico pedante, hablaba en todo momento con aires de arrogancia. Desde por la mañana no había parado de expresarse con el mismo tono, lo cual me hizo pensar que podría tratarse del personaje inventado, alguien que se veía unidimensional y carecía de lo polifacético de una persona común.

Me pasé un rato abriendo todos los armarios y cajones que había en la sala. Luego, cuando me puse a palpar la pared en busca de alguna especie de espacio secreto, Cafésdesobre se acercó a mí.

—Oye, Hielos —empezó a hablarme, mientras fingía estar calentándose una rebanada de pan integral en la tostadora.

—¿Sí? —le respondí, fingiendo indiferencia a pesar de que por dentro me alegró inmensamente que fuera ella quien iniciara la conversación.

—¿Qué te parece si nos intercambiamos información entre nosotros solamente cada vez que averigüemos algo? A mí me parece que Termos y Tartas ya han hecho equipo —dijo, señalándolos disimuladamente con la barbilla.

En ese momento, observamos que Termos intentaba tocarle la cara a Tartas mientras la adulaba, diciéndole que tenía unas cejas de modelo de anuncio de cosméticos y que, si se recogía el cabello en una coleta, iba a salir más favorecida en la tele.

—Pues será cierto, ¿eh? —dije, dándole la razón a Cafésdesobre.

—Bien, si te enteras de algo, avísame. Es mejor que no nos vean muy pegados.

A continuación, se acercó a Termos cuando vio a Tartas salir de la sala de descanso.

—Bueno, Termos, dime. ¿Qué tipo de persona te parece que es Tartas? —le preguntó.

—Se le nota en la cara que es alguien incapaz de mentir —le contestó él, sin darle mucha importancia a la pregunta.

En mi opinión, el propio Termos, ya tuviera cara de ecologista o de hijo de funcionarios, o bien era un maestro en adivinar al instante

la personalidad de cada cual, o, por el contrario, un simplón que prefería creerse todo lo que veía sin más complicaciones.

Pude ver cómo Cafésdesobre negaba con la cabeza, una vez que le dio la espalda a Termos. Me quedó claro que una alianza entre ellos no iba a ser posible en ninguna etapa del juego.

El límite de cien minutos por día en la sala de descanso era una desventaja aberrante a la hora de hallar pistas, pero las conversaciones superficiales que teníamos entre nosotros sí ayudaban algo a vislumbrar la personalidad de cada uno. Hablasolo, fiel a su alias, parecía haber decidido que resolvería el enigma por su cuenta, y Termos aparentaba pensar que saldría contento al final del concurso, simplemente con ligarse a Tartas.

Algo de lo que me enteré ya por la tarde fue que Cafésdesobre era bastante impaciente, y eso se podía deducir tanto de su comportamiento como de su manera de hablar. Contó que, a pesar de gustarle más el sabor del café de máquina, no soportaba tener que esperar a que terminara de hacerse un expreso, y, por eso, prefería prepararse un café instantáneo con el agua caliente del dispensador.

Parecía que todos nos habíamos hartado de mirar cada rincón en las horas de la mañana. A partir del mediodía, nos dedicamos a hacer incursiones cortas a la sala de descanso cuando no había nadie, para inspeccionar los lugares que teníamos en mente y así aprovechar al máximo los minutos permitidos que nos quedaban.

Incluso estando concentrado en mis tareas dentro de la habitación, cada vez que oía a alguien pasar por el corredor, aguzaba el oído y, en cuanto podía, me dirigía a la sala. En una de mis visitas me encontré a Hablasolo, que estaba limpiando con un trapo el café molido que había desperdigado frente a la máquina de expreso. Sólo pude oír cómo se quejaba del fastidio que era tener que limpiar aquello, y acabé marchándome de allí sin obtener pista alguna.

En otra ocasión me fijé en que algunos pequeños electrodomésticos estaban colocados de una manera diferente,

seguramente porque Termos los había trastocado. Los inspeccioné hasta por la parte de abajo, levantándolos uno por uno, pero no encontré nada. Pese a que una parte de mí gritaba que su metodología, basada en resolver acertijos, no iba a serme de ayuda, no fue hasta que Tartas me sorprendió en una postura vergonzosa —intentando ver si había alguna pista debajo del refrigerador— que decidí dejar de hacer tonterías.

Después de haber visitado unas veinte veces la sala de descanso, empecé a sentir la normalidad de un día laboral mío, adaptado a aquel espacio ajeno. El hecho de estar ocupándome de mis obligaciones diarias tenía tal peso, que caí en la ilusión de estar trabajando a distancia desde una casa a la que me había mudado. Ya ni siquiera me incomodaban las cámaras camufladas entre los objetos que me eran cotidianos, aunque debo admitir que, cuando estaba cerca de alguna que capturaba de cerca la imagen de mi cara, procuraba darle mi lado más favorecedor.

Cuando ya eran las cinco de la tarde de aquel primer día, todos se veían agotados.

Yo me había saltado el almuerzo, e, ignorando el hambre, estaba merodeando por el corredor en busca de pistas, intentando no gastar minutos en la sala de descanso. Sin embargo, lo único que pude comprobar es que todos los demás —después de haberse saltado el almuerzo como yo, con tal de concentrarse en el juego y sus tareas— habían pedido comida a domicilio, pues vi que bolsas con envases vacíos estaban ya en la puerta de las habitaciones para que los concursantes las recogieran.

—Pero si eso es imposible. Ay, que sí. ¡Vale, vale! Me voy ya para mi habitación.

Cuando terminé de echarle un vistazo a la bolsa, enfrente de la habitación de Hablasolo, oí unas voces discutiendo que provenían de la sala de descanso. Se trataba de Cafésdesobre y un miembro del personal.

—Ya ha sobrepasado los cien minutos, hoy ya no puede entrar más a la sala.

Cafésdesobre se había quedado matando el tiempo allí, para superar el límite permitido de cien minutos al día y así quebrantar la única regla del juego que nos habían impuesto. Por ello, el personal de producción la estaba sacando a la fuerza de la sala.

—¿Y qué más quieren que haga? ¿Acaso hay otra regla más que se pueda romper? —dijo ella, refunfuñando.

Tenía razón. La única norma que se había mencionado era ésa. Si no se trataba de eso, probablemente no se estuvieran refiriendo a normas específicas del juego. Yo empecé a pensar que, si en aquel primer día, nadie parecía dar con alguna pista, lo mejor sería sospechar que quien lo hiciera primero probablemente sería el impostor.

En el caso de que ninguno descubriera pistas, el equipo de producción no se quedaría de brazos cruzados e intervendría, y la manera más fácil de hacerlo sería a través del infiltrado. No obstante, empezando por el director, nadie de producción parecía interferir. En los programas que yo había visto, había algún cámara que seguía a los participantes o se hacían breves entrevistas en mitad del concurso, pero ahí nadie estaba moviendo ninguna ficha. Ese día, yo no había hecho más que dedicarme a trabajar, como de costumbre; de hecho, había terminado mis tareas antes de lo habitual, con tal de tener más tiempo para ver lo que se cocinaba en la sala de descanso. Llegado a ese punto, empecé a creer que todo se trataba de una semana maratoniana que las empresas de cada uno habían preparado para fomentar el rendimiento.

¿Con qué pensamiento nos había traído allí el director Ilkwon? ¿Qué era lo que pretendía capturar con la cámara? Me puse a rumiar acerca de sus palabras, intentando dar respuestas a esos interrogantes.

De repente, me acordé de aquello último que dijo. Al preguntarle qué pasaría si no consiguiéramos ninguna pista, inequívocamente respondió: «Yo diría que a ustedes es imposible que les pase eso». Además, lo hizo poniendo énfasis en la palabra «ustedes». ¿Qué querría decir con eso? Estaba claro que él pensaba que, tratándose

de nosotros, conseguiríamos fuera como fuera esos vales canjeables por pistas. En tal caso, debía estar refiriéndose a algo que a nosotros se nos diera bien, sin siquiera pretenderlo. Pero ¿qué sería eso? Aunque me costaba reconocerlo, ¿acaso no estábamos reunidos allí un grupo de maestros en el arte de causar molestias a los demás?

Recordé que Ilkwon, inicialmente, tenía preparado un documental. En los documentales, los directores intentan por todos los medios llevar la situación del modo más realista posible. Si él no había dejado de lado ese principio, era comprensible aquel estado de no intervención en el que nos encontrábamos. Y, con más razón aún, si su objetivo era capturar un aluvión de comportamientos indeseables, eso quería decir que nosotros éramos los más indicados para protagonizarlos. Siendo ésa la ecuación, no quedaba más alternativa que dar rienda suelta a nuestro talento.

Desde el pasillo, me fui directo hacia la sala de descanso. Mi reloj de pulsera marcaba las cinco y cincuenta y siete minutos de la tarde. Tras comprobar que no había nadie allí, abrí enérgicamente la pesada puerta del refrigerador y noté al instante cómo el aire frío alcanzaba mi cuerpo. Ahí estaba esperando aquella gigantesca caja amarilla, con la tarta dentro.

El interior del refrigerador estaba ahora abarrotado de envases con la comida sobrante de los pedidos. No obstante, lo que ocupaba el mayor espacio eran la tarta y toda una serie de bebidas que daban como obsequio con la comida a domicilio. Causaba un agobio inmenso ver cómo todas esas cosas estaban ahí apiñadas, casi impidiendo cerrar la puerta del refrigerador.

Despegué de la caja la nota que decía «Prohibido tocar. Esta tarta es de Tartas»", e hice de ella una bola. En comparación con el tamaño de la caja, la tarta de chocolate que contenía apenas medía nada. Sin pararme a buscar un tenedor, tomé el cuchillo de plástico que venía adherido a la caja, corté un buen pedazo del pastel y me lo eché a la boca.

Aun siendo yo poco goloso, me supo a gloria el bocado que di a ese trozo de tarta, hecha con chocolate de intenso sabor. En ese instante comprendí que iba por buen camino.

5

Estuve tres minutos engullendo a toda prisa el pastel. Con la intención de hacer saber al miembro del equipo que me estuviera viendo que acababa de infringir las normas, no dejé ni rastro del dulce. Aparte de eso, salí de la sala dejando la caja tirada de cualquier manera, como alguien a quien nunca le enseñaron modales en casa. En ese momento, recordé aquel subidón de adrenalina que me dio al comerme a escondidas una caja entera de chocolates de calidad exquisita que a mi hermano mayor le regalaron por San Valentín. No había olvidado cómo, después de aquel acto malicioso, puse la caja ya vacía en su sitio y me escondí en mi cuarto.

De vuelta en mi habitación, comprobé que, efectivamente, en aquella especie de buzón frente a la puerta me había llegado un vale canjeable por pistas. Mi intuición de que había que quebrantar normas implícitas en la sala de descanso no había fallado.

Abrí el sobre dorado que contenía el vale. Estaba hecho de un papel grueso, en el que había impresos dibujos que nos representaban a cada uno de nosotros: unos hielos, una tarta, un sobre de café, un termo y una persona con los labios muy resaltados. Debajo venía escrito un texto:

Marque la imagen del personaje acerca de quien desee obtener la pista.
(Necesita dos vales para conseguir una pista sobre sí mismo).

En ningún rincón de mi mente guardaba la idea de que pediría una pista sobre mí al obtener un vale. Con la euforia de poder

conocer datos acerca de otros antes que ninguno de mis contrincantes, en mi cabeza ya dibujaba a todo color la imagen de mí obteniendo la victoria, gracias a mi perspicacia superior a la hora de desenvolverme con ventaja en los juegos. Además, teniendo en cuenta que alguno de mis contrincantes elegiría tener una pista sobre mí, ya tendría tiempo de enterarme de qué se decía de mí cuando viera luego la retransmisión.

Tras pensar unos segundos, me decidí por Termos. Dibujé un círculo bien definido alrededor del icono del termo y dejé el vale de vuelta en el buzón. Apenas pasaron cinco minutos, escuché cómo alguien tocaba suavemente a mi puerta. Me apresuré a abrirla, pero no había nadie fuera. Preocupado de que alguno de los otros me viera, metí rápidamente la llave en el candado y abrí el buzón. El vale ya había desaparecido y, en su lugar, había un objeto largo y aplanado.

Se trataba de una barrita de chocolate envuelta en papel de aluminio amarillo. Entré en mi habitación, cerrando sigilosamente la puerta, y me senté para observar con detenimiento la barrita. En el envoltorio estaba inscrita en negro una caricatura con la cara sonriente de Termos, en la que se mostraban con exageración sus dientes delanteros. El color del aluminio me hizo recordar que él los tenía algo amarillentos. Al lado de su cara se podía leer: «Chocolate con cacahuates», escrito en un tipo de letra bastante raro, lo cual dejaba claro que habían confeccionado la barrita a propósito del concurso.

No obstante, lo más destacable era que, en la parte posterior del chocolate, en vez de un código de barras había un código QR acompañado de una advertencia escrita abajo, en letras plateadas de gran tamaño:

Cuidado quien tenga alergia a los frutos secos.

Una parte del texto venía cubierta por una fina película resellable. Con ayuda de las uñas, levanté esa tira de plástico que cubría «los frutos secos». Al hacerlo, la advertencia había cambiado:

Cuidado quien tenga pensamientos prejuiciosos.

No imaginé que la pista vendría a modo de un aviso como aquél. A la vez, me quedé convencido de algo: estaba definiendo figuradamente a un participante con una advertencia propia de un producto, lo cual también iba muy en línea con la filosofía del programa de no mencionar nuestros nombres reales.

Sin embargo, no quise resignarme a creer que la pista acababa ahí. Era demasiado ambigua y no servía de mucho. Deseaba encontrar aunque fuera un trocito de papel enrollado dentro de la barrita de chocolate, y por eso fui comiéndomela con cuidado. Para decepción mía, no logré dar con nada nuevo, aparte de encontrarle un mejor sabor, por llevar más cacahuates que las convencionales.

Fue justo antes de darle el último bocado cuando me fijé de nuevo en el código QR impreso en el envoltorio. Me sentí tonto por no acordarme hasta ese momento de los teléfonos que nos repartieron por la mañana. Cuando pulsé la única aplicación instalada en la inmaculada pantalla de fondo, se activó un lector de códigos QR. Rezando para que funcionara (a pesar de que al código le faltaba una esquina, por haber abierto el envoltorio despreocupadamente), al fin conseguí que la cámara lo escaneara y se mostrara un enlace.

Al pulsar el botón de reproducción, se oyó un sonido a un volumen muy fuerte, que hizo que me sobresaltara. Me apresuré a reducirlo mientras me llevaba el teléfono a la oreja. Se trataba de un archivo de audio con el testimonio de un conocido de Termos. Después de que un miembro de la productora le preguntara acerca de alguna anécdota sobre él, sonó una voz distorsionada, hasta tal punto que era imposible discernir si se trataba de un hombre o de una mujer.

Se refiere al tipo que trae un montón de termos, ¿verdad? Pues yo diría que él se parece muchísimo a uno, ¿sabe? Por fuera, se ve muy llamativo y sofisticado, como uno de esos termos caros que valen setenta mil wones cada uno, pero lo cierto es que por dentro no cumple con muchas expectativas. Aunque mantiene el agua caliente por un tiempo, es incapaz

de ponerla a hervir de nuevo. Justo igual que él. Cuando ya conoces cómo es, te das cuenta de que no tiene nada de extraordinario.

El hablante forzó una risa y prosiguió con un tono de voz más bajo.

Y si le cuento algo más... La manera de pensar que tiene es como un termo con un líquido de dudosa apariencia que lleva varios días pudriéndose en el fondo; así, cerrado herméticamente. No escucha las opiniones de los demás, ni en momento alguno se plantea cambiar lo que piensa.

Una vez que terminó de reproducirse la grabación, todo volvió a ser silencio a mi alrededor. Me dio bastante mal rollo haber oído a un desconocido hablar mal de una persona a la que yo apenas conocía. ¿Estaría Termos de acuerdo en algo con esa descripción acerca de él? ¿Sería yo capaz de relacionarme con él ahora, sin prejuicios?

¿Y qué se habría dicho entonces sobre mí? Al imaginarme una voz modulada hablando de mí, un escalofrío me recorrió la espalda. Deseé con todas mis fuerzas que no se hubiera dicho nada que escapase a mis suposiciones.

Me acerqué a la ventana, colocándome la mano en la barriga al sentirme empachado por haber ingerido de golpe tanto chocolate. Desde allí pude ver a unas personas que llevaban bufandas enrolladas casi hasta las cejas. Observar a gente que no tenía ninguna relación con ese lugar me proporcionó cierta sensación de alivio. Me iba sintiendo algo mejor. Tenía la impresión de que llevaba la delantera en el juego y, en el caso de que quedaran muchas más pistas, pensé que hasta podría tener la ocasión de leer una sobre mí.

Aquella noche me quedé dormido mientras me regodeaba imaginando otros actos despreciables que podría cometer para romper las reglas y conseguir más pistas. Al día siguiente me desperté de golpe, sin necesidad de alarma; estaba exultante por haber alcanzado una posición ventajosa en el concurso. Dejé revisados todos los correos que me habían llegado del trabajo antes

de que comenzara mi jornada laboral, y no me malhumoró tener que atender las molestas peticiones del departamento asociado. También me estaba acostumbrando a tener una decena de cámaras rodeándome; ya eran un dispositivo más, junto con el detector de humo o el aspersor contra incendios.

Me quité de encima las labores de la mañana para estar a las nueve y veinte en la sala de descanso, con la idea de escudriñar el sitio en su totalidad y conseguir una pista nueva antes que nadie. Para mi sorpresa, Termos y Cafésdesobre ya estaban allí dentro. Él había abierto el grifo a la máxima potencia y estaba fregando su colección de termos con agua caliente; mientras tanto, ella parecía estar ocupada con algo frente al estante con galletas que había en un rincón de la sala.

Justo en el momento en que iba a darles los buenos días, Termos se acercó impetuosamente a Cafésdesobre, sin siquiera quitarse los guantes de fregar.

—Mira, no pensaba ponerme quisquilloso y me lo iba a callar, pero ¿se puede saber cuántos barquillos te has agenciado ya? —inquirió él, señalando hacia los bolsillos del pantalón de Cafésdesobre mientras los guantes le goteaban.

A Cafésdesobre le asomaban los extremos del envoltorio de las galletas por fuera de los bolsillos.

—¿Y por qué lo quieres saber? —le respondió ella, mientras colocaba las manos cubriendo la parte superior de los barquillos.

—Pues porque sólo has dejado uno. A Tartas también le gustan estas galletas. No son para que te las lleves tú todas, los demás también tenemos derecho a comerlas —la recriminó Termos.

Al oír eso, Cafésdesobre alzó de pronto la voz:

—Cuando se acaben, las repondrán. ¿Qué más te da? Si todo esto lo paga la productora. Mira, los barquillos estos vienen en cajas de cien unidades y, desde que llegamos aquí, no nos hemos comido ni diez. ¿Crees que han comprado estas cosas a granel? Evidentemente, las han conseguido al por mayor. Si no nos las tomamos, al final tendrán que repartirlas entre el personal.

Mientras ellos estaban discutiendo, me acerqué al fregadero sigilosamente y cerré el grifo. De tanto rato que Termos había

dejado salir el agua caliente, se había formado una nube de vaho en la pila donde una decena de termos suyos estaban desparramados.

—Debes de tener algún trauma para que, estando en el año dos mil veintitrés, te estés aprovisionando así de cosas para comer. Te aconsejo que les preguntes a tus padres. Seguro que en tu vida hubo algún episodio triste relacionado con las galletas —le dijo Termos, genuinamente preocupado.

—Me acuerdo perfectamente de cómo fue mi infancia, así que no te metas donde no te llaman —respondió ella con total frialdad.

—Creo que lo que te acabo de sugerir no es algo como para que te enfades de esa manera. Te lo he dicho por tu bien. De verdad, si yo fuera tú, intentaría hablarlo con un psicólogo cuanto antes. Esto que haces, tampoco es bueno para el medioambiente. Si supieras los estragos que causa el consumo desmesurado en el planeta, te echarías las manos a la cabeza.

Termos se dio la vuelta, volvió a abrir el grifo y se puso a enjuagar un vaso de plástico para smoothies. El recipiente, que tenía pegados en el interior restos secos de fruta, era de unas dimensiones considerables.

—¿Qué te parece si mejor vas tú y le preguntas al psicólogo si es normal tomar un avión para ir a Seattle a comprar un termo? Seguro que los congresistas que hacen las leyes para la reducción de emisiones de carbono te echarían la culpa por los osos polares; a mí, no —le espetó Cafésdesobre, como si fuera ella quien iba a abalanzarse sobre él.

Yo los observaba en medio de la tensión, temiendo que en cualquier momento Cafésdesobre agarrara una lata de comida del estante y se la tirara a Termos a la cabeza.

—¡No tienes ni idea! Podría estar aquí tres días hablando sin parar de todo lo que yo he aportado a la protección del medioambiente, pero me voy a contener. ¿A que no sabías que hace poco he hecho una *collab* con una firma famosa para sacar una línea de vajillas ecológicas de pícnic? ¿Quieres que te mande la página web y lo compruebas? Son caras porque están hechas de un material bueno, pero, teniendo en cuenta que duran más de treinta años, con ellas se ahorra una cantidad inmensa de platos

desechables. En cuanto a eso, me gustaría enseñarte muchas cosas. Por cierto, también tenemos detergentes, así que te recomiendo que lo mires. Si entras a través del enlace de mi cuenta de Instagram, puedes usar un cupón de descuento del... Vaya, se ha largado.

Cafésdesobre se había ido sin más rodeos, dejando a Termos con la palabra en la boca.

En el momento en que la vi alejándose de allí, caí en la cuenta de lo que estaba pasando: arrasar con los *snacks* de aquella forma era una clara infracción de las normas. Por tanto, a Cafésdesobre la estaría esperando una pista en cuanto regresara a su sitio. Además, a no ser que fuera corta de luces, era evidente que ya había descubierto cómo funcionaba el juego. Yo quería disfrutar de la sensación de estar liderando la partida, al menos durante aquel día, pero me percaté entonces de que ya no sería el caso.

—Hielos, ¿verdad que tú también opinas que hacer ese tipo de cosas está fatal? Yo también sé que me llevaría menos disgustos si me hiciera de la vista gorda, claro que sí. ¿A quién le gusta tener que recriminar a nadie? Sobre todo, cuando soy consciente de que salimos en la tele y teniendo en cuenta por qué estoy aquí. Pero yo creo que en el mundo hace falta gente como yo, que hable de esto —me dijo Termos, al ver que yo no podía esconder que estaba incómodo por la situación de antes.

Nuevamente me admiré de lo ingenuo que era ese tipo. ¿Quién lo había llamado allí para que nos aleccionara? Lo cierto es que no se trataba precisamente de la persona más indicada para olvidarse de la razón por la que estábamos en aquel lugar. A no ser que tuviera unas dotes de interpretación propias de un actor de Hollywood, me dio la sensación de que Termos todavía no había avanzado en el juego con ningún descubrimiento.

Con toda probabilidad, Cafésdesobre no se habría percatado de que yo estaba en posesión de la primera pista. Sin embargo, yo sí sabía que ella había conseguido una. Según lo que habíamos acordado el

día anterior, tenía la intención de compartir con ella lo que yo fuese encontrando, ya fuera cualquier pequeño indicio o el truco para conseguir las pistas. No obstante, en las tres veces que coincidimos luego en la sala de descanso, ella no me dirigió la palabra en ningún momento.

Desde ese día, empecé a tenerle manía. Aun así, para dar con el impostor, no tenía más alternativa que averiguar más sobre ella. Hasta entonces, nunca en mi vida había intentado saber más de alguien a quien odiaba. Siempre había sido así; detestar a alguien era fácil, pero esforzarse por conocerlo de verdad era complicado. Me di cuenta entonces de que el juego no consistía en un simple concurso de incívicos reunidos en una sala de empleados.

6

Al estar ubicada mi habitación en el extremo del edificio, la corriente del aire del exterior se notaba considerablemente, y a raíz de la bajada de temperaturas, el frío se había abierto paso hacia el interior. Como la calefacción le daba una calidez agradable a la sala de descanso y al pasillo que llevaba a ella, salía de vez en cuando a pasearme por el corredor cuando me tomaba una pausa, o entraba a la sala si veía a alguien yendo hacia allí para observar qué se traían los otros entre manos.

—Vaya espectáculo va a ser cuando veamos la retransmisión —decía Termos—. Nos vamos a reír de todas las burradas que estamos haciendo con tal de conseguir las malditas pistas —siguió diciendo, susurrándole de cerca a Tartas en un tono muy casual.

Ella se llevó el dedo índice a los labios, indicándole que estaba hablando más de la cuenta. Termos levantó exageradamente las cejas mientras encogía los hombros, en señal de que había cometido un descuido. Enseguida, miró a ambos lados riéndose entre dientes. Yo, fingiendo no haber oído ni visto nada, saqué dos panes que acababan de saltar en la tostadora. Parte de los bordes quemados se desmoronaron, dejando caer unas migas ennegrecidas.

La relación entre Tartas y Termos parecía mucho más estrecha ahora. Daba la sensación de que se habían hecho íntimos a una velocidad relámpago, como si hubieran pasado algún tiempo entre ellos a solas. En cuanto tenían ocasión se ponían a charlar con cierto coqueteo delante de los demás participantes, alardeando de la firme alianza que ambos mantenían. Me pregunté a mí mismo si el público

encontraría tan indecoroso como yo lo que estaban haciendo, o era yo el único que sentía tanto rechazo al verlos así.

Mis ardientes deseos por llevar ventaja, aunque fuera solamente por un día, quedaron demolidos. Muy pronto, en la tarde del martes, pude intuir que todos mis contrincantes habían obtenido sus pistas. Ya no se palpaba la impaciencia en el comportamiento de ninguno. Durante unos momentos especulé acerca de la posibilidad de que Cafésdesobre se hubiera aliado con alguien más bajo la condición de intercambiar pistas. Pero me incliné más por pensar que todos los otros ya hubieran hecho como ella y dado de una forma u otra con la manera de ganarlas, justo como el director Ilkwon había insinuado.

A partir de entonces, me esforcé en cuerpo y alma por asegurarme las siguientes pistas, intentando mantenerme fuera de la vista de mis contrincantes. Lo primero que hice fue agarrar el termo favorito de Termos, ese que se había traído de la primera tienda originaria de Starbucks en Seattle, echarme agua ahí y ponerme a beber de él. Para hacer que fuera oficialmente un acto incívico, me cercioré de pegar bien mis labios al recipiente. Aunque reconozco que tuve que armarme de valor, pues no podía quitarme de la cabeza la dentadura amarillenta de su propietario.

Luego, eché todos los cubitos de hielo hechos con Coca-Cola y café al fregadero. Sobra decir que ni se me ocurrió dejar hielos preparados para el siguiente que los necesitara.

—¿Qué haces? —me paró Cafésdesobre, cuando me apresuraba a salir de allí tras dejar hechas varias tropelías.

—Pues he venido a asomarme para ver si había alguien, pero resulta que no. Echando un vistazo, nada más.

Sin embargo, ella debió de oír los cubitos de hielo cayendo sobre el fregadero, porque lo primero que hizo a continuación fue abrir el congelador. Vi claramente cómo su mirada fue directa hacia las bandejas de hielo.

—Ya veo.

Mientras deslizaba la puerta corrediza al salir, oí a Cafésdesobre tarareando una canción. Yo interpreté que con ello me estaba diciendo: «Conque tú ya sabes de qué va esto, pero no me has dicho nada. Entonces, ahora estamos los dos igualados».

Al volver a mi habitación, dos vales con pistas me estaban esperando. Abrí el primer sobre y sin pensármelo dos veces elegí a Cafésdesobre. A diferencia de la pista sobre Termos que me llegó en forma de barrita de chocolate, la de ella venía escrita en el mango de una navaja suiza. En él se podía leer la advertencia: «Mantenga la herramienta fuera del alcance de los niños», y, al retirar la película que había encima, ésta cambió a «Mantenga sus objetos valiosos fuera del alcance de los otros». Leyendo la frase en sí, parecía querer decir que había que tener cuidado con las tendencias cleptómanas de Cafésdesobre, que iban más allá de robar *snacks*.

Para mi sorpresa, en el archivo de audio al que accedí a través del código QR impreso en la navaja, los colegas de ella mencionaban las mismas carencias emocionales a las que Termos se había referido. Todo apuntaba a que su vicio de agenciarse cosas comunes partía de algún trauma u acontecimiento grave que hubo en su pasado. En la voz de la persona que hablaba, no se detectaba ni una pizca de lástima por ella. Más bien parecía estar deleitándose al poder explayarse contando anécdotas cómicas acerca de Cafésdesobre.

El segundo vale también lo gasté en otra pista sobre ella. Igualmente, me llegó al buzón una navaja suiza idéntica a la de antes; sólo difería en la advertencia:

La hoja está muy afilada. Tenga precaución de no resultar herido.

Al quitarle la película adherida, la primera parte cambió:

Está que muerde. Tenga precaución de no resultar herido.

La grabación de la nueva pista continuaba hablando de las carencias de Cafésdesobre. Cuando parecía que iba a proceder con

un sermoneo acompañado por recomendaciones como las de Termos, el relato dio un giro inesperado, convirtiéndose en el testimonio de alguien que había recibido una reprimenda descomunal. Me di cuenta de que lo dicho se correspondía perfectamente con la escena entre Cafésdesobre y Termos de la que fui testigo esa mañana. De repente, me dio la sensación de haber desperdiciado tontamente esas dos valiosas pistas. Lo único que había averiguado con ellas era que yo tenía una capacidad poco más que mediocre para juzgar a la gente.

Estuve un largo rato cavilando seriamente si las grabaciones consistían en un mero ardid de los profesionales de la productora o si, por el contrario, se trataba realmente de testimonios auténticos de compañeros de trabajo de los participantes. Las escuché decenas de veces para ver si lograba reconocer la forma de hablar de alguien de producción, pero era imposible llegar a saberlo solamente con eso.

El miércoles caí completamente en un estado de estancamiento. Se me agotaron enseguida las ideas acerca de qué podía hacer con los objetos que nos tenían preparados en la sala de empleados. Evidentemente, mis contrincantes parecían estar en el mismo barco que yo en cuanto a eso. Dejando de lado las «especialidades» de cada uno, ahora nos hacía falta un grado de ingenio superior para idear nuevas diabluras.

Los comportamientos de la misma índole no nos estaban proporcionando ya más pistas. Para confirmarlo, me comí la mitad de un sándwich que Hablasolo había guardado en el refrigerador. Como imaginaba, no encontré nada nuevo en mi buzón, porque era el mismo tipo de acto que ya cometí al comerme el pastel de chocolate de Tartas, el primer día. Luego, emulé lo que hacía Cafésdesobre, desperdigando migas de galletas por el suelo, y probé a derramar un poco de jugo cerca del fregadero. Sin embargo, resultó que todo lo que fuera «ensuciar algo» quedaba dentro de la misma categoría.

No obstante, por suerte, pronto me llegó la inspiración gracias a mi colega de trabajo A. Como dice el refrán, la necesidad hace a la vieja trotar. Acordándome de lo que hacía A en mi oficina, a la hora del almuerzo abrí un envase de comida instantánea y lo calenté un buen rato en el microondas, hasta que la salsa salpicó todo el interior. Aunque esto no me otorgó ninguna pista nueva, porque probablemente lo clasificaron como «ensuciar», sí que conseguí una, cuando metí en el microondas una sopa hecha con pasta de soya fermentada que dejó el sitio apestando.

Al pensar en que A se daría por aludido cuando viera aquello por televisión, me sentí mejor que nunca desde que empezó el concurso. Para el almuerzo de ese día, repetí y me comí dos boles de arroz acompañando la sopa calientita. Esa vez, me abstuve de abrir el sobre precipitadamente y decidí meditar con frialdad en quién gastaría la pista.

Por la tarde, uno de mis contrincantes debió intentar algo bastante descabellado, pues de repente se oyó desde los altavoces una llamada de atención por parte de producción.

Están totalmente prohibidas las agresiones físicas y verbales, tanto a individuos como a colectivos.

Alguien dejó la puerta del refrigerador abierta y, luego, vino otro que incluso lo desenchufó. Me morí de la rabia al comprobar hasta qué punto llegaban las barbaridades que hacían los demás, cuando me encontré completamente derretido el helado que pensaba comerme después de terminar mi jornada.

La locura alcanzó su cénit el jueves por la mañana. Cafésdesobre puso el listón bien alto, atreviéndose con un descaro inimaginable a lavarse el cabello en el fregadero. Hablasolo, al ver horrorizado cómo había dejado el desagüe atascado con una maraña de pelos, vino corriendo con un cepillo de limpieza que a saber de dónde había sacado.

—Señor, le ruego que me dé fuerzas para enfrentarme a esto — murmuró, cerrando los ojos mientras sacaba la maraña de pelos del fregadero.

Tartas no perdió ni un segundo para usar el agua de la tetera eléctrica que yo había puesto a hervir para prepararme un té, y se la echó toda en su cuenco de fideos instantáneos.

—Lo siento mucho, pero es que creo que estoy quedándome al final.

Me di cuenta al momento de que fue Termos quien la animó a hacer eso. Él le pasó un par de palillos susurrándole: «Bien hecho» y, acto seguido, ambos chocaron los cinco en actitud cariñosa.

Me pregunté si los dos estaban compartiendo entre ellos todas las pistas que ganaban. ¿O sería que Tartas tenía engañado a Termos, dándole lástima con el cuento de ir al final en el concurso? De cualquier manera, viendo lo encandilado que andaba él, estaba claro que no podía pensar de forma crítica y había decidido creerse a pies juntillas todo lo que dijera Tartas.

Mientras cada uno seguía a su modo con el juego, Cafésdesobre dejó escapar un eructo bien sonoro. Como hasta entonces no se sabía si los fenómenos fisiológicos también nos conseguirían pistas, tras vacilar unos segundos, Termos, inspirado por ella y con el trasero ya en acción, alzó una pierna flexionando la rodilla, en señal de que iba a tirarse un pedo.

—Deja, deja, que como los eructos y los pedos entran en la misma categoría, ya no te va a valer —lo disuadí yo al instante.

Por suerte, Termos me dio la razón e incluso me agradeció el gesto.

Sin querer despistarnos lo más mínimo, intentábamos permanecer en todo momento cerca de la sala de descanso, para no quedarnos atrás. Aunque aparentemente no estuviera pasando nada, no se nos ocurría marcharnos a nuestras habitaciones, hasta el punto de almorzar en el pasillo todos juntos. Pedimos comida por encargo. Termos y Hablasolo, aunque estuviéramos en pleno invierno,

tomaron sopa fría con fideos de trigo sarraceno, y Cafésdesobre, Tartas y yo, un caldo caliente con tallarines gruesos. También encargamos un plato grande de empanadillas rellenas de verduras para compartir.

Fui yo quien llamó al restaurante y pedí que nos pusieran el doble de encurtido de rábanos para acompañar los platos, y que separaran en recipientes diferentes los caldos de los fideos. Cuando nos llegó la comida, algunos de mis contrincantes se sorprendieron.

—Oye, ¿cómo sabías que a mí me gustan así? —me preguntó Termos, asombrado.

Abrimos los envases sentados en el suelo, frente a la sala de descanso. Al abrir el suyo, Tartas pareció buscar a alguien con la mirada. Yo quise pensar que simplemente se trataba de imaginaciones mías.

—Hielos, te gusta observar a la gente, ¿eh? —preguntó ella, mientras yo tomaba mi envase—. Seguro que te va a encantar —añadió, antes de que yo pudiera contestar nada.

A pesar de haber sido ella quien hizo ese comentario de mí, miró a los demás con una sonrisa insidiosa. Me recordó a una antigua compañera de clase, odiosa, a la que todo el mundo le tenía que dar siempre la razón si no quería ganarse su enemistad.

Termos y Hablasolo parecían estar cultivando un sentimiento de fraternidad a nivel estrictamente emocional, tras coincidir en que la sopa de fideos fría sabía mejor en pleno invierno. No obstante, después de cortar sus fideos, Hablasolo se adentró a toda prisa en la sala, sin darse cuenta de que Termos había tendido la mano para que le pasara las tijeras; las lavó en la pila y las puso en el escurridero a secar, lo que hizo que la expresión de Termos se oscureciera. En vez ir a traer de nuevo las tijeras, él se fue comiendo los largos fideos cortándolos, con sus dientes amarillos.

Cafésdesobre abrió el envase de las empanadillas, que eran para compartir, y, en lo que Tartas vertía la salsa en un platillo, se sirvió primero cuatro de las que más le gustaban. Por si fuera poco, cada vez que terminaba de comer una, se ponía otra más en su plato. Lo

que hacía provocaba angustia en la persona que observaba; como si se tuviera delante a una ardilla aprovisionándose de bellotas desesperadamente, tras una época de escasez de alimento.

Después de almorzar, la mayoría de los participantes se fue a su habitación. Dio la casualidad de que Tartas y yo fuimos los únicos que quedamos en la sala de descanso. Me sentía algo incómodo, al estar con ella a solas. Deseando que se marchara de allí pronto, me puse a preparar café de filtro. El olor a comida que se había colado en la sala se fue disipando poco a poco, al diluirse con el aroma a café recién hecho. Tartas, que parecía estar en un dilema, sosteniendo en las manos dos tazones de cristal con diferentes tipos de té, de repente los soltó para tomar una taza y acercarla hacia mí.

—Ponme un poco de café a mí también, ¿vale?

Me pareció un poco raro que me pidiera eso cuando apenas había un dedo de café hecho. Ya de por sí me parecía un desperdicio usar prácticamente todo el tiempo que me quedaba en la sala para prepararme un café, así que lo de servirle otro a ella estaba fuera de lugar.

—Ay, pues... Creo que no va a poder ser, perdona —le respondí, algo agobiado.

—Qué gracioso eres, Hielos. Eres tremendo —dijo ella entre risas, mientras se tapaba la boca.

Al cubrirse la boca, sus cejas se veían más prominentes. Como éstas no se movían lo más mínimo al reírse, parecía que llevara puesta una máscara de teatro. Yo no entendía con qué intenciones me decía eso.

—¿Qué te parece gracioso?

—Nada en particular. Es simplemente que me hace mucha gracia todo lo que haces.

Interpreté aquello como que Tartas pretendía entablar una relación similar a la que tenía con Termos, pero, al mismo tiempo, estaba convencido de que no se le daba muy bien socializar con la gente.

—¿Quieres que compartamos las pistas?

—No —respondió ella tajantemente.

De regreso en mi habitación, decidí usar en Tartas la pista que gané calentando la pestilente sopa. Cuando abrí el buzón, encontré dentro un bollo envuelto en una bolsita de plástico transparente, en la que venía impresa la cara de Tartas y una advertencia:

La fecha de caducidad de este producto sin conservadores es corta.

Al quitar la película que cubría una parte de ella, la pista hizo su aparición:

La fecha de caducidad de las mentiras compulsivas es corta.

Luego, cuando reproduje el archivo de audio al que accedí por el código QR, oí una voz muy serena que daba su testimonio. Aunque no contaba ninguna anécdota en particular acerca de Tartas, la persona expresaba sus impresiones sobre ella en la grabación.

Es imposible saber cuáles son sus intenciones reales con respecto a muchas de las cosas que dice. Hubo un montón de veces en las que me pregunté qué necesidad tiene de hacer ciertos comentarios. En mi opinión, es una persona que odia no ser el centro de atención cuando se está hablando de algo. También hubo bastantes ocasiones en las que no entendí sus motivos para mentir de esa manera.

Las palabras del testigo se me quedaron grabadas en la mente. En ese momento pasé a estimar las probabilidades de que Tartas fuera la impostora en un veinte por ciento.

7

Ese mismo jueves volví a entrar en la sala de descanso a las cinco de la tarde. Allí me encontré a Hablasolo, que estaba ocupado delante de la pila, fregando los envases de plástico de la comida que pedimos y poniéndolos a secar. Sin decir nada, me acerqué a él para ayudarlo a escurrir el agua de los recipientes.

—Eso ya lo he dejado listo —me dijo.

—¿Llevas muchas pistas ganadas? —le pregunté, tras apartarme del fregadero.

—Dime, ¿no te da un poco de asco cuando abres el refrigerador y notas que el mango de la puerta está pegajoso? Aquí ninguno de los otros se digna a limpiarlo —se quejó, mientras dirigía la mirada hacia el refrigerador.

—Por cierto, nunca solemos coincidir en la sala. ¿Qué tal lo llevas? ¿Bien? —seguí preguntándole, sin resignarme a dejar el tema.

—Yo ya tengo la respuesta elegida —dijo él con total confianza.

Me fascinó la habilidad de Hablasolo para crear un ambiente de buen rollo, a pesar de que esquivaba mis preguntas de forma muy obvia. Durante todo el rato en que me habló, no dejó de mover con brío el trapo que tenía en la mano.

Justo en el instante en que me fijé en lo hábil y meticuloso que era limpiando hasta los rincones más difíciles, Cafésdesobre entró en la sala. Después de saludarme con un gesto silencioso de sus ojos, tomó cinco sobres de café y los abrió todos de una vez, cortando los extremos con las tijeras de cocina. Procedió a echar el contenido en

un vaso de papel gigante, se sirvió agua caliente del dispensador y se puso a removerlo a toda prisa con una cuchara grande.

Luego de beberse de un tirón el café que aún tenía grumos en la superficie, tiró el vaso a la basura cuando todavía quedaba un poco de líquido en él. La tapa del bote quedó manchada de café y goteando, pero ella ni se inmutó. Fue directamente hacia el refrigerador a buscar algo para picar.

—Vaya, vaya. Si se deja así, en un rato va a estar todo pegajoso. Y luego, el mango del refri...

Hablasolo, hablando consigo mismo, se puso a limpiar la cochinada de Cafésdesobre con el mismo brío que antes. Cuando terminó de frotar el mango del refrigerador que ella había tocado, salió de la sala murmurando que hacía falta un trapo nuevo.

—Se pone muchas medallitas por algo que nadie le ha pedido que haga —dijo en tono de queja Cafésdesobre, una vez que Hablasolo ya no estaba allí.

Ella sacó del refrigerador las empanadillas que sobraron y, tras usar unas pinzas para servírselas en un plato, las dejó encima de los envases que Hablasolo había fregado, de un modo que estaban a punto de caerse. La salsa de las empanadillas goteaba de las pinzas, formando una mancha de un rojo intenso en el suelo. Al poco rato, las pinzas se cayeron con un sonido estrepitoso. En ese mismo momento me di la vuelta, dejando atrás a Cafésdesobre, y apagué la luz al salir de la sala.

—Pero ¿qué haces? ¿Es que no ves que hay gente aquí? —me recriminó ella.

—Ay, lo siento. Es que tengo la costumbre de apagar la luz cuando me voy de una habitación.

Tras encender de nuevo la luz, como si nada, salí de allí con una gran satisfacción. Aparte de que pude observar durante unas milésimas de segundo la cara de desconcierto de Cafésdesobre, en mi habitación me esperaba una alegre sorpresa: había llegado una pista. Me sentí escéptico acerca de la situación, pero pronto me di cuenta de lo que significaba. Apagar la luz cuando alguien seguía dentro de un lugar era también un gesto indeseable que proporcionaba pistas.

Tras pensármelo durante unos diez minutos, decidí usarla con Hablasolo. En breves instantes tuve en mi buzón una grúa en miniatura que haría las delicias de cualquier niño. Encontré la advertencia junto con el código QR en la parte inferior del juguete.

Un uso descuidado puede ser la causa de su avería.

Al igual que las veces anteriores, el aviso cambió una vez que retiré la película que cubría una parte del texto:

Un uso descuidado del lenguaje lleva a la discusión.

Lo primero que me vino a la mente al leer aquella oración fue que esa misma advertencia me habría dejado igualmente convencido si me hubiera aparecido en una pista sobre Cafésdesobre. El archivo de audio era el testimonio de una persona que se había sentido disgustada en numerosas ocasiones a raíz de los comentarios de Hablasolo. Se trataba de la grabación más larga que había escuchado hasta entonces.

Todos sabemos que él es algo especialito, pero también que no obra con mala fe. Preferimos pensar que le cuesta un poco hablar con los demás porque siempre anda embebido en sus propias tareas. En todas partes hay alguien así, ¿no? Por eso, muchas veces me hice de la vista gorda. Pero ¿qué pasa? Al ser él alguien así, uno queda como el malo de la película, y va sacándome de quicio poco a poco con cada una de las cosas que hace. Si no lo vives en carne propia, no te das cuenta...

Sin pensar en darme una ducha, me desplomé sobre la cama. «¿Quién puede tener la certeza de que estas pistas se aplican a una sola persona en concreto?», me pregunté. Sin embargo, cavilar sobre eso no tenía sentido, y yo debía esforzarme por juzgar a los demás basándome en lo que veía... ¿Estaría en lo correcto? ¿Qué pasaría con Hablasolo de seguir así en el juego? Empecé a barajar las posibles razones por las que decidió quedarse a concursar, y luego, a pensar en qué le beneficiaría a él participar en el programa.

Al hacerlo, me quedé genuinamente preocupado por ese hombre. Aun teniendo mi cabeza ocupada en esas cosas, comenzó a entrarme sueño y noté cómo se me cerraban los párpados. De repente escuché por el altavoz un anuncio que nos llegaba desde producción:

La jornada de este jueves queda concluida.

El participante que ha obtenido más pistas hasta ahora es Hablasolo.

Oír eso me hizo saltar de la cama.

8

Después de que el anuncio me despertara, no conseguí dormirme de nuevo. Sin tener nada más que hacer, me quedé merodeando por la pequeña habitación sumido en mis pensamientos.

Según lo que observé hasta entonces del comportamiento de mis contrincantes, todos parecían tener el perfil ideal que se pedía en el concurso. ¿Quién de ellos estaría fingiendo tan bien ser un indeseable? ¿Cómo podía ser que Hablasolo poseyera más pistas que nadie? Yo estaba convencido de que él no estaba muy metido en el juego, pero resultó que la realidad era bastante diferente. Todas las ocasiones que me lo había encontrado en la sala de descanso, Hablasolo salía de allí poco después de terminar lo que había ido a hacer. ¿Y si él también hacía como todos, y ponía a prueba a toda prisa lo que tenía planeado y se escabullía en cuanto alguien entraba a la sala?

Para mí, que había pasado una importante cantidad de tiempo en el pasillo observando a los demás el primer día, esas hipótesis eran difíciles de creer. En ningún momento lo vi apurado por querer avanzar en el juego, ni encontré ningún indicio de que hiciera algo sospechoso. ¿Podría ser que él frecuentara la sala a una hora tranquila, en la que no coincidiera allí con nadie?

Decidí volver a echar un vistazo a las reglas del concurso. Por ningún lado estaba escrito que solamente se permitía acceder a la sala en horas de trabajo. De hecho, simplemente indicaban que los participantes podíamos usarla cuando quisiéramos. ¿Por qué había asumido que únicamente podría entrar durante mi horario laboral?

Me di cuenta de que creer eso había sido un error de lo más estúpido. Empecé a preguntarme si los otros se habían percatado de ese detalle y, en caso de que sí, desde cuándo eran conscientes de ello.

Si no andaba equivocado, todavía me quedaban doce de los minutos permitidos en la sala de descanso. No los había gastado, porque volver allí después de apagarle la luz a Cafésdesobre me resultaba incómodo. Pensar que quizá podría enterarme de cosas que sólo ocurrían allí a altas horas de la noche despertó en mí el mismo entusiasmo de cuando conseguí la primera pista.

Me puse la ropa que menos ruido hacía al moverme y pegué la oreja a la puerta de mi habitación, para asegurarme de que no había nadie por el pasillo. A continuación, abrí para asomarme e inspeccioné la zona. El corredor estaba completamente a oscuras y no se veía prácticamente casi nada de luz colándose desde las habitaciones de mis contrincantes.

Salí hacia la sala de descanso, caminando lentamente de puntillas y encorvado. De pronto me acordé de los juegos increíbles que hacíamos cuando éramos pequeños. Rememorar a aquel valiente que se propuso colarse en el colegio para dejar unos chocolates en la mesa de su amada la noche antes de San Valentín, burlando al guardia, fue un craso error. Como si notara al vigilante ya a punto de agarrarme por el pescuezo, llegué a la sala casi galopando, con el corazón en la boca. La luz estaba apagada y yo me abstuve de encenderla, por si llegara a verse desde el pasillo. Mi pulso estaba a cien. Estar en ese lugar de uso común en mitad de la noche no era para nada placentero.

El ruido del refrigerador se escuchaba absurdamente fuerte. Parecía como si la noche, aparte de la luz natural, hubiera robado todos los sonidos habituales de las horas diurnas. Mientras esperaba que mis ojos se acostumbraran a la oscuridad, me desplacé hacia la parte más interior, palpando la encimera. Sin querer, rocé con mis dedos la puerta del mueble de debajo del fregadero, abriéndola ligeramente, lo que me dejó entrever un espacio vacío aún más oscuro. Asustado,

cerré al instante la puerta y me puse a buscar a ciegas el mango del refrigerador, con la idea de al menos usar la fuente de luz proveniente de su interior.

Justo en ese momento, escuché el rechinar de dos puertas que se abrían casi al unísono desde el pasillo. A continuación, oí los pasos de dos personas que se acercaban hacia donde yo estaba.

Sin pensármelo dos veces, abrí de par en par las puertas más amplias del mueble de debajo de la encimera y me metí dentro. Empujé con el pie, hacia un lado, los objetos que había allí y me encogí cuanto pude para caber a duras penas en aquel espacio. Preocupado porque el tablón sobre el que estaba sentado se viniera abajo por mi peso, deseé con todas mis fuerzas que los productores del concurso, al preparar el mobiliario, hubieran previsto que podría darse una situación como aquella.

Justo después de cerrar las puertas del mueble tirando de ellas hacia mí, escuché cómo los dueños de los pasos se adentraban en la sala, a la vez que se hablaban entre susurros.

—No sabes lo ansioso que estaba por seguir preguntándote sobre lo que hablamos antes.

—Ay, pero si no tiene nada de importancia. ¿Qué es lo que te crea tanta curiosidad?

—Es que quiero saber quién es el que aparte de mí te está... Ya sabes a lo que me refiero. ¿Por qué siempre te haces la inocente?

Los protagonistas de aquella conversación eran Termos y Tartas. Aunque Termos la estaba instando con un tono de voz afable a que le contestara, pude notar que estaba algo molesto.

—Si lo que ha pasado es que simplemente le he contestado que no cuando se me ha acercado ofreciéndose a compartir conmigo sus pistas. Nada más. Ya sabes cómo son los hombres de aduladores cuando pretenden conquistar a alguien. Pero eso no quiere decir que haya coqueteado conmigo —le respondió Tartas de manera cortante.

De la forma en la que lo contaba, estaba dando a entender claramente que había otro hombre interesado en ella. «Un momento... Aparte de Hablasolo y de mí, aquí no hay más concursantes varones. No me imagino a Hablasolo ligándose a Tartas», pensé.

—¡Lo sabía! Me he fijado ya bastantes veces en cómo te mira Hielos.

Desafortunadamente, Termos también había llegado a la conclusión de que se refería a mí.

—Bueno, ¿y por qué le has dado largas?

—Está claro. En este mundo no hay nadie que venga regalándote algo de buenas a primeras, sin esperar nada a cambio.

—Efectivamente —dijo Termos, satisfecho—. Aunque en mi caso no es así.

Él, que estaba sentado de espaldas al fregadero, no paraba de apoyar y despegar el trasero de la puerta del mueble mientras yo hacía todo lo posible por que no me oyesen respirar. Hasta sentía los latidos de mi corazón golpeando contra mis rodillas en esa incómoda postura en la que estaba. ¿Por qué no había caído antes en la cuenta de que esos dos se reunían en secreto en mitad de la noche? Sobre todo, cuando ya había observado lo cercanos que se mostraban entre ellos desde el segundo día. Aunque lo importante en ese momento era cuánto más pensaban seguir ahí, pues a mí me quedaban ya unos escasos diez minutos del tiempo permitido.

Desde dentro del mueble pude entrever las piernas de ellos. Estaban tan pegados el uno al otro que parecían formar un ente de cuatro extremidades inferiores. Justo cuando empecé a sospechar que se estarían besando, Termos rompió el silencio con voz seria.

—Entonces, ¿por quién vas a votar?

Al escuchar que cambiaba inesperadamente al tema que a mí me interesaba, agucé el oído.

—¿A quién dijimos antes?

—Él no es el intruso. En serio, ese tipo da un repelús increíble.

—Desde luego. Y eso no es algo que se pueda fingir. Estoy seguro de que ni él mismo se va a dar cuenta en toda su vida de lo raro que es.

Empecé a pensar que se estaban pasando de la raya con la manera como criticaban a Hablasolo.

—Totalmente de acuerdo. Hielos vive en su propio mundo.

Pero la respuesta de Tartas provocó un cortocircuito en mi cerebro. Con todo mi cuerpo en tensión, vi que las piernas de

Termos se movían. Se desplazó hacia donde estaba la hervidora eléctrica y se dio la vuelta.

—Entonces, si no es Hielos, ya tenemos a quien votar. Si tú estás segura de ello, yo no me opongo. Bueno, dejemos de hablar ya de los demás. ¿Qué te parece si nos tomamos una infusión antes de dormir?

—Perfecto. Gracias —respondió Tartas con voz dulce.

Según mis cálculos, ya no me quedarían más que unos tres minutos disponibles. Imaginar la escena tan ridícula que se montaría si el personal viniera a sacarme de ahí me puso las pilas al instante. Comencé a barajar si debía salir del mueble y encarar seriamente a mis contrincantes, por haber dicho cosas tan crueles sobre mí, o, por el contrario, mostrarme avergonzado y pasarlo por alto con una sonrisa. Además, aparte de que me apremiara el tiempo, se me estaban durmiendo las piernas a causa de aquella postura tan incómoda. Recé juntando las manos para que aquellos dos dejaran de coquetear y se fueran a sus habitaciones.

—Hoy será la última vez que nos encontremos aquí por la noche —comentó ella.

—En poco estaremos afuera y podremos hablar de todo lo que queramos. Vaya, hora de irme. He gastado ya casi todos los minutos. Bueno, quedamos en que los dos vamos a dar la misma respuesta, ¿no? —dijo Termos.

—Sí. Espero que no haya ningún otro por medio, fastidiándonos, y el premio nos lo podamos repartir entre los dos solos.

Se oyó el ruido sordo de cómo dejaron las tazas en el fregadero, seguido del sonido de la puerta corrediza de la sala abriéndose y luego cerrándose. Después de asegurarme de que ya no había nadie allí, salí del mueble masajeándome las piernas entumecidas. Al poner un pie en el suelo, me tambaleé un poco y, como me apoyé en la puerta del mueble para no caerme, una de las bisagras se cayó, causando un ruido metálico. Encajé la puerta en su sitio para que no se notara el estropicio desde fuera, y, a continuación, me marché de la sala caminando de puntillas hasta llegar a mi habitación.

De vuelta allí, encontré que tenía dos vales de pistas encima de mi escritorio. Mi mente estaba profundamente confundida. Sentía una inminente necesidad de reflexionar acerca de lo que acababa de oír sobre mí un momento antes, en la sala, y también del porqué de aquellos dos vales.

Ciertamente, era la primera vez que escuchaba a escondidas las conversaciones entre otros concursantes. También estaba el hecho de que había roto parte del mobiliario del set, al desencajar aquella puerta bajo la encimera. No sabía si la infracción venía del acto destructivo en sí o de que, luego de romper la bisagra, colocara la puerta con disimulo, como si no le hubiera pasado nada. Fuera como fuese, me habían llegado dos pistas que en ese momento poseían un enorme significado para mí.

Recordaba perfectamente lo que esos dos individuos habían dicho de mí. Ambos coincidían en que yo provocaba aversión en la gente y que nunca me percataría de mi propia rareza. Abrí los dos sobres que contenían los vales, dibujé un círculo sobre el icono de los hielos en cada uno de ellos y los metí en el buzón.

A los pocos momentos, me llegó en esa caja de madera un objeto muchísimo más pesado que todas las pistas que me habían mandado hasta entonces. Vi que en su parte posterior había un espejo redondeado, pero al estar solo finalmente, cuando entré en la habitación, pude comprobar de qué se trataba: era el retrovisor arrancado de un coche. En la parte de abajo del espejo, que reflejaba mi cara, se leía una frase que me era conocida.

Los objetos están más cerca de lo que parece en el espejo.

Esta vez me costó bastante despegar la película, pero al fin tenía delante la pista que tanto anhelaba:

Los otros vigilan más cerca de lo que crees las cosas que haces.

Al mirarme en el retrovisor, vi que en mi rostro estaba plasmando el nerviosismo que sentía. Se me había erizado la piel por el silencio

que reinaba afuera, y me dieron escalofríos al imaginar que de repente vería a alguien más asomándose por el espejo, detrás de mí. Con la mano temblorosa, tomé el teléfono para escanear el código QR.

Después de respirar profundamente, pulsé en la pantalla el botón de reproducción del archivo de audio. Me quedé espantado en cuanto comenzó a oírse la voz distorsionada de la grabación. Hasta ese momento, pensaba que todas las voces estaban completamente moduladas, pero esa vez pude reconocer sin duda alguna quién era el dueño de las cuerdas vocales que pronunciaban el testimonio. Por la forma tan propiamente suya de hablar, no había modulación alguna que valiera para camuflarlo.

Vamos a referirnos a él como «Hielos». Has dicho que tuviste una anécdota con Hielos que le pondría los pelos de punta a cualquiera. ¿Puedes hablarnos más detalladamente de lo que ocurrió?

Un miembro de producción empezó a hacer preguntas.

A mí me encanta la Coca-Cola, ¿sabes? Es lo único que bebo en la oficina. Empiezo el día sirviéndome un buen vaso de Coca-Cola en la sala de descanso, con un montón de hielos, y me lo llevo a mi sitio para ponerme manos a la obra con el trabajo. Pero conforme uno va bebiendo, el hielo se va derritiendo, ¿no? Y yo detesto beberme el refresco aguado. Un día lo comenté como si nada, hablando conmigo mismo, y, ¿a que no te lo imaginas? Al día siguiente, este colega empieza a hacer hielos con Coca-Cola y desde entonces me los trae a mí todas las mañanas, diciéndome que así la bebida me va a saber mejor. A ver, es que yo no tengo nada que ver con él y no quiero que los demás piensen cosas raras. Aun así, las gracias sí se las di. Pero aquí viene lo importante: siguió haciendo lo mismo un día tras otro. Un día que terminé algo más tarde, fui a la sala de descanso antes de salir y vi que él estaba ahí haciendo algo. Cuando me fijo, lo veo rellenando las bandejas de hielo con Coca-Cola. El sabor de Coca-Cola que a mí me gusta beber no es muy común, ¿sabes? Pero el tipo la encuentra, la compra de su bolsillo y la trae a la oficina él mismo. Yo, después de servirme la bebida en un vaso, siempre tiro la lata a la basura, así nunca dejo nada en el refrigerador. Lo que me da mal rollo es que este tipo ha

tenido que rebuscar entre la basura para ver qué sabor es el que yo tomo. Y, para colmo, se gasta el dinero todos los días en algo que exclusivamente bebo yo, para hacerme los hielos. No me digas que en el mundo en que estamos hoy en día eso se puede considerar como un gesto agradable.

El hablante dio un largo suspiro antes de continuar.

Y eso no es todo. Hay alguien de nuestra oficina a quien le gusta el café bombón, el que lleva leche condensada. Dicen que hay gente que lo toma porque sirve para el estreñimiento. Pues, desde hace poco, él ha comprado más bandejas y ahora también hace hielos con ese tipo de café. Ha sido entonces cuando mis compañeros me han dado la razón: lo que hace este colega da mal rollo a cualquiera.

Me sentí reacio a creer que los de mi oficina estuvieran interpretando de aquella manera mis buenas intenciones. A todo el mundo le sabe mal una bebida aguada cuando los hielos se derriten. El truco de poner hielos con el mismo sabor lo aprendí de mi hermano, cuando éramos pequeños. A mí me gustaba beber las cosas así y, dado que mis compañeros de trabajo no habían tenido la suerte de conocer a mi hermano, yo estaba ahí para compartir esa excelente idea. Evidentemente, para asegurarme de que fuera un éxito, es cierto que hurgué en la basura. Aunque podría haberles preguntado a mis compañeros acerca de sus gustos, pensé que se quedarían incluso más admirados de lo detallista que fui cuando se encontraran con la sorpresa en sus bebidas favoritas.

Hacer hielos con Coca-Cola era pan comido, pero, para los de café bombón, primero congelaba cubitos hasta la mitad con café y, una vez estaban endurecidos, echaba encima la leche condensada, antes de meterlos de nuevo en el congelador. A pesar de que mi receta era bastante laboriosa, le puse todo el esmero del mundo porque sabía que de esa forma iban a estar deliciosos. Dado que yo no esperaba nada a cambio, a pesar de mi esfuerzo, pensaba que los demás verían mi gesto como un acto de enorme generosidad.

El hecho de que me tomé la molestia de salir al pasillo y estudiar qué había exactamente en las bolsas de comida a domicilio que

pedían mis contrincantes partía de la misma motivación. ¡Tenía que apuntar las peticiones que hacía cada uno a la hora de encargar sus platos, para luego lucirme dando en el clavo con lo que les gustaba! ¿Acaso no quedaron tremendamente satisfechos, cuando tuve en cuenta sus preferencias al pedir la comida que tomamos frente a la sala? No podía sentirme más desilusionado de que pensarán así de mí, después de que esa semana estuviera rebuscando entre las bolsas con envases manchados, para ver qué habían encargado y qué habían especificado en sus pedidos.

Me acordé de que me topé con Tartas cuando estaba hurgando en la basura, frente a su puerta, y comprobando que había dejado un montón de chicharos en el envase de comida a domicilio. Al verme, me saludó con una sonrisa y me dijo: «Veo que te lo tomas en serio, ¿eh? Buena suerte, amigo». Aunque, pensándolo ahora, el ángulo de sus cejas no concordaba con el propio de alguien que sonreía de verdad.

El reloj marcaba ya una hora ligeramente alejada de la medianoche. La calle estaba completamente oscura tras apagarse la luz de los postes. Noté en la imagen que reflejaba el ventanal que no hubo cambio alguno en mi expresión. ¿Se trataba de una insignificancia que no me afectaba? ¿O sería que, gracias al sobresalto que me llevé al oír la conversación entre Termos y Tartas, ya no me inmutaba ningún testimonio? Recordé aquello que alguien dijo, de que «la gente excéntrica no sabe que lo es», pero al mismo tiempo me esforzaba por mantener a raya una oleada de pensamientos de todo tipo que inundaban mi cabeza.

También estaba el asunto de la mentira de Tartas. ¿Por qué había tergiversado la historia, si todo saldría luego en la retransmisión? Yo sólo le había preguntado en una ocasión si quería que intercambiáramos pistas, pero me molestó que dijera que me ofrecí a darle una de las mías con intenciones de seducirla. Si lo dijo con idea de darle celos a Termos, no era necesario que escogiera precisamente a uno de los participantes del concurso para ello.

Además, esa manera de actuar no iba a beneficiarla en nada, ni en cuanto a su imagen ni en cuanto al resultado del juego. ¿No sería ella, y no yo, la persona aversiva, por mentir de esa forma tan gratuita?

9

Al final acabé sin poder dormir y estuve despierto toda la noche. Deseaba tener una conversación con Hablasolo. Aunque me pareció ridículo considerarlo como alguien con quien en cierto sentido podía empatizar, en esos momentos lo único que quería era conversar con él. Estaba seguro de que no coincidí a menudo con él porque se había percatado mucho antes de que se nos permitía usar la sala fuera del horario de trabajo. Aunque eran mera suposición mía que Hablasolo acudiría allí de madrugada, decidí esperarlo dentro desde las seis de la mañana.

El ambiente de aquel espacio vacío antes de la salida del sol era bastante diferente al habitual. Siempre que había entrado allí, las mañanas anteriores, estaba todo limpio y ordenado, pero ese día seguían en el fregadero las tazas que Termos y Tartas habían dejado por la noche. El té residual que rezumaba de las bolsitas de rooibos había creado un riachuelo marrón que desembocaba en el desagüe. El mueble donde yo estuve escondido parecía intacto por fuera, pero, al tirar suavemente de la puerta, la bisagra se volvió a caer, dejándola desencajada. Dentro estaban desparramados los productos de limpieza que yo aparté con el pie. Justo cuando estaba colocando bien los botes, oí a mis espaldas que alguien entraba en la sala. Eran las seis y cincuenta minutos de la mañana y Hablasolo estaba más fresco que una lechuga.

—Ah, Hablasolo, eres tú... Mira. ¿Sabes que...? —comencé a decir sin todavía saber bien cómo entablar la conversación—. Te estaba

esperando porque quería hablar de algo contigo. Pensé que podríamos coincidir si venía temprano.

Era como si las palabras se me escaparan de la boca por la urgencia que sentía. Intenté que no se me notara que había pasado la noche en vela, levantando con fuerza las cejas para que los párpados no se me cayeran.

—¿Has abierto alguna pista sobre ti mismo?

Al preguntarme inesperadamente aquello, me quedé mirándolo con sorpresa.

—Bueno, me vas a permitir que siga con lo que tengo que hacer —dijo, mientras se ponía de puntillas para abrir con una llave el mueble de encima del fregadero.

Era la primera vez en que yo me fijaba que había un candado ahí. Enseguida me di cuenta de que se trataba del mismo juego de candado y llave del buzón de pistas.

—¿Cómo es que usas eso ahí? —le pregunté, señalando al candado.

—Es que me faltan cajones en la habitación —me contestó, a la vez que extraía del mueble unos guantes de hule y un cepillo de limpieza.

Acto seguido, sacó otros utensilios y productos del mueble inferior y se puso a limpiar. Después de ataviarse con un delantal corto de color verde y los guantes de un rosa chillón, lo primero que hizo fue estrujar el agua de las bolsitas de té, tirarlas y fregar las tazas. Luego vació con buena maña los botes de basura y puso afuera los artículos de reciclaje separados. Yo, que me imaginaba que de todo eso se ocupaba el personal de la productora durante la noche, me quedé atónito al ver que era Hablasolo quien había estado haciendo esas tareas.

—Deja que te ayude.

Sin responderme nada, Hablasolo señaló hacia el sitio donde había más guantes de fregar.

—Enterarme de tal cosa en mitad de este concurso... Vaya jugada más sucia. Claro que, en circunstancias normales, uno raramente tiene la ocasión de oír lo que los demás piensan de nosotros —dijo de repente, mientras pasaba un trapo por la encimera.

—Yo no tenía ni remota idea. ¿Tú sabías algo antes de venir aquí?
—le pregunté de una forma algo indirecta, eligiendo mis palabras con cuidado para que no se sintiera mal—. Me refiero a... la forma en la que te ven los otros.

—Pues no sé qué decirte. La verdad es que me he enterado hace poco de que la gente tiene muy bien encasilladas las cosas que le otorgan carisma a uno y las que no —me respondió, de un modo un tanto ambiguo.

Hablasolo estrujó el trapo, lo sacudió y enderezó la espalda. Pude ver en la expresión de su cara que se sentía satisfecho tras hacer la limpieza.

—Entonces, esto que haces... ¿es un esfuerzo para caerle bien a los demás? —le pregunté, echándole valor.

—¿Esto tan insignificante? —me devolvió él la pregunta, mostrando incredulidad—. Cuando a uno le dan una puntuación tan baja, hacer méritos no sirve de mucho.

No recuerdo muy bien lo que hablamos después de eso; a partir de ahí, mi mente se puso a dar vueltas a su aire, en otras direcciones. Durante todo el rato que charlamos, mi cabeza no paró de decirme que Hablasolo tenía que ser obligatoriamente un personaje creado expresamente para el concurso, y que no había forma alguna de que no lo fuera. Dejé que él parloteara de lo que quisiera mientras yo me lo imaginaba interactuando con otras personas, tan natural y común como siempre, tanto que rozaba la falsedad con su sumamente mundana forma de comportarse. Acabé olvidándome de lo que había hablado con él y, ya convencido de que tenía delante al impostor, mi mente recobró la serenidad.

Mi anhelo de que Hablasolo fuera más excéntrico que yo dio un giro de ciento ochenta grados, y pasé a querer que aquel tipo fuera alguien completamente ordinario. Así, todos los que estaban ahí quedarían como gente con falta de criterio, y los incongruentes serían ellos por haberme tratado a mí como a un bicho raro. Aquel día, yo estaba tan inestable como las fichas de una partida de *Othello*, cambiando de color según lo que dominaba a mi alrededor.

Cuando me di cuenta, Hablasolo ya había terminado de limpiar y estaba con el brazo metido entre la pared y el refrigerador, intentando sacar algo. Era la lista de tareas que estaba fijada con imanes a la puerta el primer día de rodaje. No la había vuelto a ver desde que Termos la despegó, por si encontraba ahí alguna pista; al parecer, Hablasolo la había movido a la cara lateral del refrigerador.

Él se sacó del delantal un rotulador grueso y se puso a trazar algo en la lista, varias veces. Cuando miré hacia el papel de reojo, me quedé extrañadísimo. ¿A qué venían todas esas equis?

Había marcado sin piedad con una equis todas las casillas bajo nuestros nombres, excepto las que había debajo del suyo, a las cuales había puesto una uve bien generosa. (Quiero pensar que fueron imaginaciones mías cuando me pareció oír que el rotulador producía un sonido más liviano, al dibujar las equis de los demás).

¿Lo normal no sería sugerirle al resto de concursantes que colaboraran con la limpieza, o simplemente marcar tan sólo las casillas que le correspondieran a él? Estuve a punto de comentárselo, pero no lo hice porque, en el fondo, sabía que no serviría para nada.

Aparentemente, Hablasolo se dio cuenta de que quería decirle algo, porque su mano frenó en medio de aquel frenesí que parecía producirle dibujar equis sobre la lista.

—¡Ay, que casi me equivoco! —dijo, deteniéndose.

Acto seguido, cambió las equis por uves en las casillas de ciertas tareas bajo mi nombre, que correspondían a la fecha de ese día. Puso punto final al gesto con una breve risa contenida. Me hice una idea entonces acerca del tipo de situaciones en que la gente habría decidido guardar las distancias con él. Al mismo tiempo, sentí la corazonada de que aquello no podía ser teatro.

Sin embargo, cuando llegó la tarde del viernes, en la que debíamos votar por quien creíamos que era el intruso, me acabé decidiendo por Hablasolo después de pensarlo largo y tendido. Por otro lado, deseé fervientemente que al menos uno de mis contrincantes me eligiera como impostor. Quería que hubiera alguien que no tuviera una imagen de mí como persona rara.

10

Contando sin más rodeos cuál fue el desenlace, diré que la infiltrada era Tartas y los que habían acertado eligiéndola fueron dos: Termos y Cafésdesobre. Me quedé con el interrogante de por qué Termos y Tartas no habían dado la misma respuesta, pero lo cierto fue que, justo después de acabar el rodaje, ese detalle ya no me importaba tanto.

Pasados dos meses, el *reality show* titulado *Sala de descanso* comenzó a retransmitirse los viernes a las diez la noche. Aunque a mí me resultó bastante incómodo verme por televisión, quitando eso debo admitir que fue de lo más entretenido. Ver como espectador todas las cosas que ocurrieron a mis espaldas supone una experiencia muy peculiar. El hecho de que era más difícil darse cuenta de todo mientras estaba uno dentro, hizo que encontrara inesperadamente sorprendente lo que salió en pantalla.

Hubo varias cosas que me resultaron particularmente interesantes. La primera fue que los padres de Cafésdesobre aparecieron en una entrevista. En ella explicaban que en ningún momento de su infancia tuvo carencias afectivas ni materiales y que no escatimaron mimos para su hija. También revelaron que, desde que iba a la primaria, desarrolló ligeros síntomas del síndrome de acumulación compulsiva, pero que no hubo ningún acontecimiento traumático que diera pie a ese comportamiento suyo.

Después de la entrevista, para ilustrar dicho síndrome, apareció una selección de escenas cortas de ella apropiándose de cosas comunes, entremezclada con opiniones variadas y suposiciones

acerca de su peculiaridad, todo presentado bajo un trabajo de edición exquisito. Entre las caras serias de sus conocidos y los términos técnicos del campo de la psiquiatría bailoteando por la pantalla, emergía la cara feliz e inocente de ella comiendo galletas o bebiendo café, lo que le daba al clip un tono muy satírico.

En otra parte, Termos aparecía en un primer plano susurrando ante la cámara que Tartas era una mentirosa nata; la escena en concreto se usó en el avance del segundo episodio. Al parecer, explicó frente a una cámara de su habitación cuáles eran los rasgos faciales propios de los ecologistas que intentan engañar a la gente para que invierta en emprendimientos proambientales. Mencionó que, según ese criterio, Tartas cumplía el perfil perfecto de intruso, y que era indiscutible que ella resultaría serlo al final del juego. Sin embargo, en la edición que hicieron para el programa, se añadió una imagen de la cara de Termos en pantalla, en la que se señalaban dichos rasgos uno por uno, haciendo ver que coincidían exactamente con los de él mismo. Yo encontré este juego particularmente desternillante.

Termos fue avisado y acertó desde muy pronto que Tartas era la intrusa, pero, en su acuerdo con ella de votar a Cafésdesobre como impostora, demostró que se movía en coherencia con su propia línea de mentiras. En ningún momento estuvo personalmente interesado en ella y, para bien o para mal, Tartas tampoco lo estaba en él.

Pude comprobar también que Hablasolo había conseguido un buen puñado de pistas gracias a iniciativas como la de acaparar el mobiliario común para guardar los productos de limpieza, o tirar comida que otros se dejaban para después en el refrigerador (aunque no se podía saber si lo hizo a propósito o con la intención de limpiar).

Su lista de tareas dividió a los usuarios de internet en un debate en torno a la siguiente cuestión: ¿había de verdad una razón legítima para darle una pista, por marcar con una equis a quien no colaboró en la limpieza?

Hubo algunos que opinaron que habría sido suficiente con que pusiera las uves únicamente en sus casillas, porque era de sentido común no marcar con equis a los demás para no dejarlos en

evidencia. No obstante, otros dijeron que se trataba de una mera señal para distinguir a aquellos que cumplieron con las tareas de los que no, y que no tenía sentido intentar sacar faltas de ello. Incluso alguien comentó que, quien se quejase de que se le estaba criticando en público con una equis bajo su nombre por no haber cumplido con sus obligaciones, sería precisamente un candidato perfecto para la siguiente temporada del concurso.

Otra diversión añadida fue ver las escenas en las que cada uno anunciaba su respuesta final, intercaladas con un humor astuto entre extractos con sus acciones más memorables.

En la pantalla no pude notar en absoluto el caos que dominaba mi mente durante el rodaje. En algunas ocasiones en que la cámara captaba de refilón mi cara, podía ver claramente las emociones que sentía en ciertos instantes, pero eso era algo que no interesaba a los editores, y para los espectadores simplemente quedaba como un detalle difuminado en el fondo.

Aunque agradecía que mis sentimientos no quedaran expuestos, después de haber sido espectador de tantos programas, me pregunté si de verdad había visto lo que yo pretendía ver o si, por el contrario, más bien había internalizado lo que alguien quería mostrarme.

Como comentario personal final debo decir que cuando *Sala de descanso* comenzó a tener un alto nivel de audiencia y ganó popularidad, mis compañeros de oficina se acercaron para darme sus disculpas y decirme que habían visto el programa. En pocas palabras, vinieron a reconocer que se habían hecho una falsa idea de mí.

Estuve a punto de decirles que a eso no se le llamaba malentendido, pero me callé. No obstante, me quedé de lo más a gusto diciéndole a A, en tono de broma, que gracias a su ejemplo conseguí ganar una pista. Él no se rio. No sé si me dio más pena en ese momento o cuando vi por la tele a Hablasolo en el último episodio, escribiendo

su nombre en el papel del voto mientras se consolaba a sí mismo diciendo «no me importa ser así».

Pasaron varios meses desde que concluyó el programa y, durante ese tiempo, se rumoreó que el equipo de producción ya estaba reclutando candidatos para participar en la segunda temporada. Al mismo tiempo, se estaba anunciando que pronto saldría un videojuego para teléfono móvil basado en los contenidos de *Sala de descanso*. En las redes sociales podía toparse uno, a menudo, con anuncios que buscaban *testers* para el juego.

¡Convierte la sala de descanso en un caos y atrapa al infiltrado!

¡Completa misiones secretas que sólo aparecen de noche!

* Buscamos betatesters *

¿Con qué tipo de villanos se encuentran en la sala?

Déjenlo en los comentarios para participar en el sorteo de un pack de boosters valorado en cien mil wones.

Cuando vi aquel *post*, los comentarios ya rebasaban los cinco mil. En cada uno de ellos, los usuarios se entregaban en cuerpo y alma hablando de sus colegas más odiosos. En sus líneas se podía leer de todo: el compañero que congelaba donas y no se las comía ni las ofrecía, el que no tiraba a la basura sus ensaladas caducadas, la que se traía la batidora de casa para hacerse un jugo de frutas todas las mañanas, el que siempre dejaba la bandeja sin hielos, etcétera.

Conforme más bajaba en el *post*, el tema tomaba otros derroteros y podían leerse comentarios del tipo «estoy perdiendo la fe en la especie humana», «parece que hoy en día no hay nadie decente» u otras reflexiones más largas que rozaban la antropofobia. También leí algunos bastantes agresivos, que le daban la vuelta a la tortilla. En concreto, uno que decía «¿Se han mirado ustedes mismos antes de comentar?», había acumulado muchísimos votos, pero al poco tiempo quedó anegado entre la avalancha de comentarios que le siguieron.

Filtré las respuestas por orden de popularidad y me apareció a la cabeza un comentario bastante extenso, que sobrepasaba los dos mil votos:

Cambiando de tema,
¿se acuerdan de Tartas, de la primera temporada?
Ella trabajaba antes en mi oficina y,
aunque no llenaba el refrigerador de pasteles,
es verdad que solía traer a menudo.
Además, alardeaba de que cada vez se lo había
regalado un tipo diferente.
Pero un día, de casualidad, la vi
comprando una tarta en una pastelería
cerca de la ofi.
Desde entonces preferí no
hablar con ella.
Oí que al poco cambió de trabajo
y se ve que ahí no da que hablar.
No sé cuánto sabía de ella la productora
antes del casting, pero me quedé de piedra
cuando resultó que era la impostora.

Me vino a la mente el rostro del director Ilkwon, a quien no había vuelto a ver desde que terminó el rodaje. Me costó trabajo disociar mis incómodas emociones de mi imagen de él. Sin embargo, no pude quitarme de la cabeza que, más allá de esos *posts*, el hombre estaría trabajando en plasmar audiovisualmente lo que a las personas nos resulta aversivo. Me pareció que su documental todavía estaba en proceso: una obra mucho más larga, con un trasfondo más amplio y, sobre todo, que mostraría lo repulsivo a un nivel superior.

Pensé que no le faltarían temas, pues las personas que podrían resultar odiosas se corresponderían aproximadamente con el número de pobladores del planeta.

Palabras de la autora

Hay veces en las que expreso sin más que algo me gusta o no. No sólo porque me dé pereza dar explicaciones, también es porque hay ocasiones en las que la razón es clarísima.

Me siento muy conforme conmigo misma cuando algo me gusta tal cual es. Sin embargo, cuando experimento rechazo así, por las buenas, una parte de mí se siente incómoda. Las emociones se parecen de alguna forma a la digestión de alimentos. Por un lado, deseamos que las positivas permanezcan en el cuerpo, absorbiéndose lentamente, pero nos cuesta trabajo digerir las negativas, que dañan nuestro interior. Quizás sea por eso que las arrojamos afuera, como si las vomitáramos.

Esta historia acerca de «lo detestable» ha sido para mí, en cierta forma, una manera de vomitar. La sala del café para empleados de un lugar de trabajo es un espacio creado para tomarse un descanso en el día a día, pero no es un sitio en donde podamos quedarnos todo el tiempo que queramos, sin limitaciones. En ella tengo a disposición muchas cosas que me pueden hacer falta, pero eso no significa que sean mías enteramente. Es un lugar al que se me permite acceder, pero no únicamente a mí. Por tanto, se puede comparar a una versión en miniatura de la sociedad, en la que tenemos que convivir unos con otros.

Es difícil afirmar que conocemos a las personas con las que sólo nos decimos «Hola» y «Adiós» cuando coincidimos en la sala. La expresión «lo conozco de vista» va de perlas cuando se trata de ese

tipo de relación con los otros. *Sala de descanso* es la historia de un grupo de personas que tienen metido entre ceja y ceja a alguien que conocen sólo «de vista». Entre los personajes, están aquellos que nunca han sido completamente comprendidos ni tampoco han hecho por entender a los demás; es lo mismo que solemos hacer todos con la gente que no conocemos mucho.

Nuestro protagonista, alguien a quien le gustaría tener explicaciones de por qué sí o por qué no, se ha encontrado con la etiqueta de «indeseable» sin tener ni idea de nada, y no para de preguntarse las razones por las que lo odian. No hay infierno peor que ése. Cuando preguntamos a otros qué es lo que les gusta de nosotros, sea cual sea la respuesta, estamos preparados para oírla, y lo cierto es que probablemente ya la sepamos. Conocemos ese cosquilleo de emoción previo y, por tanto, nos podemos hacer una idea de lo horrible que sería escuchar la respuesta a la pregunta de por qué no le gustamos a otros.

Cada uno de los personajes muestra una faceta singular en cuanto a la aversión que reciben de los demás. Algunos reconocen que son así y otros, ya estén al tanto de ello o no, no le dan importancia. También hay quienes, a pesar de no querer convertirse en indeseables, acaban haciendo una y otra vez cosas con las que se ganan la enemistad de los demás.

Todos nosotros tenemos algún aspecto un tanto similar a ellos. Se dice que en nuestras vidas lo único que podemos decidir nosotros es cómo interactuamos con ellas. Intentar ponerse tan sólo por una vez en la situación del otro, e imaginar cómo se siente: así de sencilla es la forma en la que he querido tratar el tema del odio. Además, quería simplemente transmitir que, una vez vomitados los sentimientos de aversión, aunque esas emociones no hayan desaparecido por completo, sí que han llegado a digerirse un poco.



Miye Lee nació en Busan. Tras licenciarse en la Escuela de Ciencia de Materiales e Ingeniería de la Universidad Nacional de Busan, trabajó como ingeniera de semiconductores en Samsung Electronics. Al autopublicar digitalmente su primera novela, *El sueño que busca está agotado* (actualmente titulada *La gran tienda de los sueños*), alcanzó el 1812% de su financiación gracias a los lectores a través de internet, lo cual propició su publicación posterior en papel. Más tarde consiguió ser uno de los libros más vendidos en Corea en 2020 y 2021. *La gran tienda de los sueños. El caso de los soñadores perdidos* es la conclusión de esta historia que el público de Corea ha denominado como una «fantasía curativa para lectores de todas las edades». *Sala de descanso* es su última novela.

Según ella misma confiesa, suele tener sueños de los que se quedan en la memoria. Le gusta comenzar el día después de haber disfrutado de ocho horas de sueño reparador y odia pasarse la noche en vela trabajando.

Este libro ha sido publicado con el apoyo de Literature Translation Institute of Korea (LTI Korea).

SALA DE DESCANSO

Título original: *Break Room* (탕비실)

© 2024, Miye Lee

Publicado según acuerdo con O'FAN HOUSE INC., c/o Danny Hong Agency, a través de New River Literary Ltd.

Traducción: Charo Albarracín (del coreano)

Ilustración de portada: Kwon Seo-young, diseño de studio forb

D.R. © 2026, Editorial Océano, S.L.U.
C/ Calabria, 168-174 - Escalera B - Entlo. 2ª
08015 Barcelona, España
www.oceano.com

D.R. © 2026, Editorial Océano de México, S.A. de C.V.
Guillermo Barroso 17-5, Col. Industrial Las Armas
Tlalnepantla de Baz, 54080, Estado de México

Primera edición en libro electrónico: octubre, 2026

eISBN: 978-607-584-288-2

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita del editor, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público. La

infracción de los derechos mencionados puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro para el entrenamiento de tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. El autor y la editorial no se responsabilizan del uso indebido de su contenido.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) o a CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los derechos de autor, www.cempro.org.mx) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Libro convertido a ePub por:
Mutare, Procesos Editoriales y de Comunicación, S. A. de C. V.

OCEANO



GRANTRAVESÍA



www.oceano.mx



GRANTRAVESÍA

www.grantravesia.com



www.facebook.com/oceanograntravesia



www.twitter.com/oceanoGTravesia



www.youtube.com/user/oceanotravesia



www.instagram.com/grantravesia

Índice

Portada

Página de título

0

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

Palabras de la autora

Datos de la autora

Página de créditos

Table of Contents

Portada

Página de título

0

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

Palabras de la autora

Datos de la autora

Página de créditos